

Memorias de un Héroe Ensangrentado: Evangelio de la Soledad (Tales of a Blood Drenched Hero nº 1) (Spanish Edition)

Pages: 877

Publisher: Daniel Nieto; 1 edition (June 12, 2019)

Format: pdf, epub

Language: Spanish

[DOWNLOAD FULL EBOOK PDF]

Memorias de un Héroe Ensangrentado.

Evangelio de la Soledad.

Daniel Nieto

Prólogo:

Tan ardua desventura, por un hombre así. Envilecido y odiado por los suyos, insultado y menospreciado por sus enemigos. Destructor de su propia civilización; verdugo y portador de una carga que no puede ser asimilada -apenas entendida hoy día.

Y ahora la última esperanza de supervivencia. Su supervivencia, la redención de aquél. Sólo él puede salvar un mundo al que auspició a la destrucción.

¿Solo?

Vientos agrestes azuzando polvo y pequeñas partículas de piedra en sus ojos; frías y afiladas -como el filo de mil cuchillos mordientes. Aun así el tropel avanzaba, independientemente de los muchos obstáculos de un continente infernal.

“Por los dioses” proclamó el jovenzuelo cercano a la adultez que erraba por fieros caminos cargados de inmundicia, moho y años. “Las historias sobre este lugar se quedan cortas con la realidad.”

Al toser, se atragantó inadvertidamente con una cantidad inane de residuos polvorientos. El muchacho sintió revuelto el estómago; el regusto ácido era de lo menos apetecible.

“Mierda. Qué asco” escupió. “¿Qué es este sabor tan horrendo?”

“Silencio, Orin” ordenó un hombre dos pasos detrás de él.

Una faz vieja y delgadita, marchitas y agotadas arrugas y una cabeza blanca de pelos alborotados -si bien sus brillantes ojos azules aún vivían con la pasión del joven hermoso que fue.

“Basta ya de quejarte, está por debajo de un hombre de tu estación”.

“¿Mi estación?” Preguntó Orin. ¿Te refieres al de una cabeza sin corona? ¿Soberano de nada más que los harapos que arrastra tras de sí?

El anciano suspiró con insatisfacción. “Sólo deja de protestar, ¿vale?”

Girose, mirando una tercera figura, más pequeña y delgada que el joven llamado Orin. “¿Estás bien, Agatha?”

“Sí, Duncan” le dijo ella, aunque estaba jadeando considerablemente.

Cuanto menos dos cabezas le separaban del alto y recio Orin -y de Duncan, tan alto como éste pero en los huesos; aunque destacaba por ser en mucho la más bella de todos ellos. La dermis radiante de su estirpe brillaba incluso en aquellos páramos neblinosos; un contraste luminoso con la tierra negra y ponzoñosa que tenían que pisar. Su cabello rubio ondeaba, precioso incluso estando endurecido por la polvareda que revoloteaba incesantemente en su derredor.

“¿Cuánto más debemos seguir por este paraje abismal?” Dijo el arrogante e impaciente Orin.

Su estupidez juvenil le costó un manotazo sobre el dorso del cuello; sin duda Duncan aún poseía cierto vigor en sus viejos brazos.

“¡Ay!” Gritó Orin. “¿A qué viene eso?”

“Ya lo sabes” dijo Duncan malhumoradamente. “Agatha no está acostumbrada a un terruño tan tenebroso, pero no se queja tanto como tú, joven idiota. Cállate de una vez y deja que recupere el aliento”.

Orin agachó la cabeza, ligeramente abochornado -pero asintió.

“Tienes que ser paciente, Orin. Tu hermana no ha sido entrenada para esto -tú sí” añadió Duncan.

Mismo pelo, misma dermis, mismos ojos -el mismo orgullo.

Quedaba patente que los dos jóvenes individuos que juntos erraban eran hermanos; su linaje se extendía hasta una heroína ha olvidada, una que había desafiado y desterrado al mismo maligno que ellos -sus descendientes- venían a reclamar -a recuperar del olvido y por ende salvar.

Si los dos hermanos hubiesen conocido alguna vez a la mujer en cuestión, se habrían asombrado por el parecido. Eran jóvenes y sumamente agraciados de cara, aunque sobre ellos se cernía una deprimente sombra que se extendía hacia el oscuro horizonte de la incertidumbre. No es que hubiesen perdido la pasión por vivir; no, no era ese el caso, simplemente no la habían conocido nunca -una llama extinguida antes de su nacimiento.

Mas eso no los desalentaría en su misión.

Hermano y hermana ahora caminaban a la vera del otro, inspeccionando su derredor. Avanzaban por una gran sierra montañosa, una hilera tras otra de montículos retorcidos y peliagudos escarpados, esqueletos pétreos a la imagen de gigantes muertos; un cementerio óseo, último testamento de horrores mejor dejados sin pronunciar.

Esparcidas por toda la sierra había incontables ciénagas que burbujeaban con un alquitrán verdoso, venenoso al tacto y letal aun con la más leve inhalación. Tanto la flora como la fauna eran una escasa rareza por allí, mas hubiéronse contado historietas sobre bestias que acechaban a viajeros rezagados; si bien historietas contadas en tabernas tristes por bardos y poetas, los últimos de una especie perecedera, ya que estos tiempos del hoy son una era de tristeza y desesperación, no canto y felicidad.

Pero peor que eso era cuanto rodeaba a las hórridas montañas. Un vasto desierto de vaciedad. Tan simple como eso. Nadie había aventurado allende esas arenas antes. Hasta ahora. Cómo estos tres desafortunados, ungidos por un destino aciago, han logrado atravesar los mares de dunas es un misterio que a todos elude -yo mismo tampoco lo creo, quizá ni ellos.

Empero, no habían comenzado el viaje solos. Ha tres años que se habían despedido de sus seres queridos -no así Duncan, quien había perdido el amor hace ya muchos años, de forma trágica.

Los había acompañado un séquito de más de cien leales guerreros, más de dos docenas de sirvientes y tantos camellos. Pero uno a uno habían perecido, ora por el sol abrasador que de arriba incendiaba o el frío extremo de las noches, ora consumidos por la falta de agua. Habían actuado con suma lealtad hasta el último suspiro; habían rechazado hasta la más ínfima comodidad, habían abandonado cualquier expectativa real de supervivencia -así con tal de que los tres supervivientes pudieran alcanzar las tierras baldías de Daemonia. Hogar de la Misma Muerte.

Agatha respiraba con pesadez. Orin, despojándose de su petulancia, ayudaba a su hermana a mantenerse erguida con un brazo firme alrededor de sus hombros. “Vamos, hermanita, unos pasos más” habló él con la diligente ternura de un hermano atento.

Mas prometía vanas esperanzas, él mismo no tenía ni idea de dónde estaban exactamente; la

acuciante sensación de realidad acariciaba amenazadora su corazón, la idea de haber sufrido tanto para morir a las puertas de su destino final hacía tronar su pecho con desesperación.

Por ello era imprescindible que Duncan sobreviviera. Sería un milagro, la verdad, a tenor de que él ya se aproximaba al siglo de edad. El último sabio con vida, el último remanente de una orden, los Hijos del Nuevo Mundo, que ahora no era más que un susurro llevado por el viento.

“¿Dónde estamos, Duncan?” preguntó Orin, nervioso, no por sí sino por Agatha; se percató de que se la veía a cada vez más frágil.

No podía dejar que muriera, antes él que ella. Repetidamente le preguntaba a Duncan dónde estaban y cuánto faltaba para llegar a su destino -si es que llegaban. Pero Duncan no escuchaba, sus ojos irradiaban una húmeda tristeza.

“Y pensar que antaño este lugar fue el paraíso más bello de Rysia” murmuró.

Nadie había visto este continente enano como otra cosa distinta al Infierno en el que ahora moraban, pero sus palabras no carecían de justicia. Hubo aquí una maravilla fructífera, cuando los cielos aún eran azules y las aguas no habían tocado el tono de la sangre. Otros tiempos, sin embargo. Anteriores a Soren.

“Duncan” dijo Orin, agitando una palma abierta delante de sus distantes ojos, sacando al viejo de sus sueños afligidos.

El anciano pestañeó, semianonadado. “Lo siento” dijo, instintivamente, “estaría bajo los efectos de algún sueño diurno”.

Orin oteó el cielo nublado, de un océano negro una tempestad azotaba violentamente. Sin duda Astarios estaba muy enojado; un humor en el que había estado por los últimos quinientos años. Esa tierra allende el desierto no había visto la luz del sol desde entonces.

“¿Un sueño diurno? ¿Qué te hace pensar que es de día?” Preguntó un Orin muy sarcástico.

“Simple, jovencito” respondió Duncan, “de lo contrario estaríamos muriéndonos de frío. Adelante, debemos marchar con premura, no conviene estar a la intemperie llegada la noche.”

Los tres rezagados avanzaron.

No habían ascendido más de una mísera milla cuando un olor nauseabundo invadió sus sentidos.

“¡Rápido!” Ordenó Duncan. “Cubriros las caras”.

Los tres se taparon la nariz y la boca con pequeños paños que guardaban en tres zurroneos de cuero semivacías -apenas les quedaba agua.

La bruma se disipó ante sus ojos y lo que vieron los sumió en horror. Un lago lleno de una fétida y verdosa muerte se extendía más de media hectárea delante de ellos; tan hondo como era ancho, no había manera de cruzar al otro lado de la montaña.

Duncan obligó a los dos jóvenes a retroceder, respirando pesadamente mientras lo hacía. Sus pulmones ardían, vapores soplaban de la superficie del lago y los estaban rodeando -el amoniaco era agonía.

Agatha, con mucha diferencia la más endeble, trató de dar un paso atrás pero sus delgadas piernas cedieron. No cayó al suelo por Duncan. Para un hombre de su edad era veloz; la cogió de las axilas justo antes de que pudiera golpearse contra el duro suelo y la ayudó a erguirse.

Su respiración empezaba a fallarles. “¡Maldición!” Gritó Duncan. “Debí haber previsto esto. Necio de mí. Orin, ayuda a portar a tu hermana a un lugar seguro, debemos girar sobre nuestros pasos y hallar otra ruta”.

“Debe haber otra forma de cruzar, Duncan” bramó Orin. “No podemos perder más tiempo”.

Duncan no se prestó a responder. Sus ojos estaban advirtiendo una pila desordenada de huesos esparcidos por las mismas orillas de aquel lago endiabrado. Algunos eran pequeños -quizá de roedores agigantados- pero otros eran mucho más grandes. Una calavera que parecía la de una gran bestia, un dragón quizá, yacía medio derretida sobre la superficie. Lo que se presumía su torso estaba tirado junto a ésta; algunos huesos se habían tornado ceniza, otros bamboleaban sueltos por la superficie del lago. A Duncan esto le estaba gustando cada vez menos.

“Tórax, es un tórax de dragón” gimoteó.

Malas noticias sin duda. Aun si yacía la enorme bestia sobre el suelo envenenado, sus huesos habían sobrevivido al ácido, lo cual significaba que quizá otras bestias de tamaño y resistencia similares moraban estos parajes. Aunque han pasado quinientos años desde que muriera el último dragón, los restos de este aún eran visibles; lógico, considerando los cuentos sobre su supuesta eternidad. Mas este había muerto malamente. No era una buena señal; si alguna fauna local ha podido sobrevivir a este lugar, no sería benévola, y no podría ser derrotada. Al menos no por la mano de un mortal.

“Rápido” exclamó el sabio hombre humano, “no hay tiempo para las protestas. Debemos apresurarnos o por Thaná que nos daremos de bruces con una muerte horrible”.

El viejo mentor pellizcó el codo de Orin con sus manos delgaditas, el joven adulto agrió el semblante, mas no protestó.

De repente el silencio abrumó a los dos hermanos, quienes estaban de pie frente a Duncan.

Duncan tenía su espalda versus la cosa que estaba detrás, mas sabía que estaba allí. Podía sentir el respirar del monstruo. Revoloteaba su estómago, erizados los vellos sobre su cuello, el sudor rezumaba en su frente fría, helada, goteando por sus mejillas arrugadas y bañando su escueta barba blanca.

Despacio, muy, Orin se dispuso a desenvainar la pequeña espada atada a su cinto. Duncan se lo prohibió con un silencioso gesto, sería inútil. Fuera lo que fuera lo que estaba detrás suya, era grande -a tenor de la aterrorizada mirada que se dibujaba sobre la faz de Agatha.

Si las miradas eran poemas, la suya era un soneto de oscuras nuevas.

El hálito que expulsaba la bestia era tan pungente como el lago ácido, lo cual hacía pensar que lo que bebía el monstruo debía proceder de allí. Eso era una señal de fuerza, un poder que sobrepasaba cualquiera que él pudiera reunir -o siquiera divisar. Los dos hermanos estaban

paralizados, Orin tenía agarrada la empuñadura de su espada mas no se atrevía a desenvainarla por la directriz de Duncan.

Duncan sabía que luchar era inevitable, mas tenía que intentarlo. "Kis weida?" Dijo en una lengua arcaica que pocos humanos sabían hoy día -de hecho sólo él mismo y otro más.

No correspondió la bestia con fonemas propios, sea lo que fuera, no era racional. De una garganta enorme emergió lo que sonaba como un gruñido gutural, propio de una entidad que anticipaba muerte. Duncan no podía ver a la bestia, como tan claramente lo hacían los otros dos, mas podía percibir colmillos aguzados adornando una boca ancha; dientes dos veces el tamaño de la fútil e insignificante hoja que portaba Orin -una hilera de cuarenta, preparadas para cortar, predispuestas para la mutilación y el asesinato.

Cautelosamente, Duncan hurgó en el zurrón mediano que colgaba descuidadamente de su ahíto cinto y extrajo de él uno más pequeño. Daba céleres y discretas miradas al interior de éste, en donde había un polvo negro.

"Bendito Aerios, dios guerrero, por el polvo de dragón".

Habló en susurros, un hechizo secreto en aquella misma lengua misterica, apenas un hálito, escuchado sólo por él mismo. Pequeñas chispas de un ígneo carmesí comenzaron a crepitar y danzar sobre la superficie, inmediatamente el polvo burbujeó y una fumata blanca ascendió del pequeño zurrón.

Un viejo, sí, mas Duncan era uno que podía moverse muy bien. Antes de que Orin y Agatha pudieran dar un paso, o pestañear siquiera, dióse él la vuelta para encarar al draconico coloso. Tan sólo un milisegundo, quizá menos, aun así el horror que se hizo en el ánimo de Duncan era considerable. No era un Dragón, pero sí asemejaba tal estirpe.

Imposible, pensó.

En ese preciso instante de estrés, memorias se materializaron desde lo profundo del subconsciente del sabio anciano; recordaba los bestiarios que había estudiado durante su adolescencia. Y lo que tenía delante estaba definitivamente registrado como un animal extinto. Lo había estado desde incluso antes de la caída en desgracia del hombre. Al menos así era lo aceptado y creído.

Cuán equivocados habían estado sus maestros.

Dragón no era, mas de las nobles bestias de la Antigüedad, una variante más pequeña había nacido ha siglos. El fumós drakonos, aquellas criaturas creadas a partir de las almas de Dragones caídos; el Ánima de Draco había sido traída a la existencia desde el odio y la rabia. En su esencia habían poseído el estigma de la ira hacia esa misma humanidad que había llevado a los hermosos Dragones a la extinción; cuán impía acción aquella, error lamentado -y tras el paso de las generaciones, su odio ardió con creciente furor. Hasta que ellos mismos, al modo de sus ancestros, fueron extinguidos; en esta ocasión la causa para la caza siendo mucho más noble, o al menos según lo que le habían dicho cuando él mismo no era más que un chiquillo.

Obvio que todo eso era una gran mentira.

Hubieron de perdurar en Daemonia. ¿Mas cómo puede ser? Seguramente la misma pregunta que se estaba haciendo Duncan. Pero los paradigmas de su lozanía no lo iban a ayudar ahora.

Más pequeños que dragones, seguían siendo más grandes que cualquier cosa antes vista -por los tres caminantes.

Ésta era una torreta de más de tres metros de altura, y eso siendo cuadrúpeda. Una dermis fuerte, escamosa y gruesa como cualquier metal, mortal o divino, la protegía de toda hoja ordinaria. Su cuerpo fornido, aun carentes de las alas de un Dragón, era poderoso allende la comprensión, como también los imponentes robles que eran sus cuartos. Un cuello largo convergía con una cabeza serpentina, de amarillentos óculos inflamados por la ira, sus hendiduras nasales expulsaban vapor.

Duncan se preguntó si podía expulsar llamas. No había tal cuenta en los registros que había leído en el pasado. De todos modos no quería averiguarlo.

No se lo pensó dos veces. El zurrón prendió. Ahora era el momento, el instante que les permitiría sobrevivir.

Lanzó el zurrón en llamas hacia las fauces expandidas de la bestia. Oportuno y feliz proyectil, pues con un gran estallido el recipiente inflamó su boca.

Su lengua era como un látigo llameante; de su boca un torrente espumoso de sangre negra mancilló las rocas cercanas a la bestia, media docena de colmillos salieron disparadas como flechas. Uno estuvo a centímetros de cortarle la vieja cabecita a Duncan, acariciando su mejilla con la punta.

No se detuvo éste a apreciar cómo se deslizaba la sangre por su mejilla -una especie de suerte que los colmillos no eran venenosos. Vociferó órdenes a los dos hermanos y juntos los tres huyeron a toda velocidad del atroz demonio.

Para un viejo, Duncan era bastante veloz. No tuvo problema en correr a la par con Orin y Agatha, ésta ayudada -no, agarrada del brazo por su hermano, quien la impelía a correr más rápido. Por espesuras neblinosas, no se atrevían a mirar atrás.

Y entonces el horror cayó sobre ellos.

Orin, quien iba en avanzadilla, se detuvo en seco, sus pies dura escarcha por el pavor. No se percató siquiera de su hermana golpeándose duramente contra su espalda. Sus brillantes ojos azules estaban ensimismados con la visión del Ánima de Draco, alzada sobre el ápice de una diminuta colina; su cola se agitaba furibunda, sus ojos ardían celosos, sus fauces opacadas y en carne viva, bramando sangre. Muchos huecos denotaban las piezas que faltaban en esa inmensidad de boca. Salvó eso, estaba incólume. La bestia se dispuso para saltar y saltar, saltó. Una ancha sombra envolvió a las tres prontas víctimas.

“¡Apartaos, bellacos!” Exclamó Duncan.

Por escasos dígitos lograron esquivar a la imponente criatura. La bestia tan cerca de Orin que éste podía oler su ceniciento hálito. Agarró fuertemente la empuñadura y la sustrajo la espada con la velocidad de un dios.

Si morir he, pensó, que sea librando batalla.

Se lanzó ciegamente a por la bestia, buscando sacarle un ojo, pero su certeza no era la debida y le golpeó debajo de la fosa nasal izquierda. La pequeña hoja crujió y estalló en pequeños fragmentos metálicos. Orin maldijo su descarriada fortuna.

La bestia había salido ilesa del ataque errado, su furia en combustión por la futilidad de éste. Rugió atronadoramente a los cielos oscuros, rezando a algún malvado y salvaje dios. Tenía hambre la bestia.

Atacó a Orin con un latigazo de su enorme pata; el joven rubio a duras penas esquivó un golpe que habría aplastado su cráneo -eso no indica que haya tenido suerte. La bestia logró alcanzar su costado; Orin de súbito sintió cómo crujían dos de sus costillas a la vez que él mismo era lanzado por los aires. Se golpeó contra un pétreo muro y su espalda aulló con dolor mientras vomitaba sangre sobre su cota -que de poca ayuda le estaba siendo en esa situación.

“¡No!” Gritó Agatha, sacando su propia espada, aún más diminuta que la de su hermano.

Fue corriendo a Orin, erguida delante de él, protegiéndolo de la bestia, que ya se disponía para un nuevo asalto.

Duncan sabía que Agatha no tenía posibilidad alguna. Su espada era más grande que la de ella, pero era de un metal inferior. Era de bronce frente al acero de los dos hermanos.

Cargó veloz contra la bestia con la esperanza de hallar un resquicio en su armadura natural. Atacó buscando acuchillarle los cuartos traseros, concretamente los talones. Halló su objetivo con precisión.

Para un viejo, Duncan tenía buena puntería. Mas de nada le sirvió, su espada también halló la muerte, convertida en diminutas hojas por la impenetrable dermis del reptil. Como si un acto reflejo, la bestia coceó al viejo en el estómago, robándole el aire y enviándolo a varios metros de distancia. La consciencia se le desvanecía a Duncan.

El Ánima de Draco no se dignó a prestarle mayor atención a Duncan. Quería una carne más fresca; viandas más dulces y sabrosas al paladar. Se puso a babear excitada, dando pasos lentos hacia los débiles humanos. Orin y su hermana retrocedieron varios pasos, buscando desesperadamente una salida. A ambos lados, izquierda y derecha -los veían imposibles, el Ánima era demasiado grande y ágil. Su única esperanza era correr.

Esa esperanza murió al instante.

Sus espaldas palparon la dura roca que los desproveía de toda posibilidad de vida. El Ánima de Draco rugió triunfante. Su saliva caía sobre la superficie en un mejunje rojo. Tendría su venganza. Tendría su festín.

El Ánima de Draco se detuvo bruscamente. Sólo permaneció allí, de pie; muy para la confusión de los hermanos. Ambos tiritaban, mas pronto el miedo se tornó sorpresa.

Sólo permanecía allí, de pie; sus ojos cítricos fijados en la presa. Pasó un segundo -un segundo,

tercero y cuarto. Una sucesión temporal que parecía la eternidad -el tiempo detenido en sus propias embestidas- los tenía mirándose el uno al otro.

Agatha fue la primera en denotar cómo se le apagaba la luz a esos ojos infernales. Primero cedió una pata, luego otra y por fin las traseras. Con un estruendo tectónico, el Ánima de Draco dejó este mundo. Simplemente quedó tendido sobre el suelo pedregoso.

“¿Qué ha pasado, Orin?” preguntó Agatha totalmente anonadada; su corazón aún bombeaba con frenética velocidad la sangre acumulada por la excitación y el miedo.

Orin carecía de respuesta. Miró a la izquierda. Nada. Derecha -ni un alma.

“Allí arriba” exhaló Agatha, señalando -allí arriba.

Tres metros sobre ellos, en la cima del pequeño monte que los había atrapado segundos antes -había una figura. Enorme y alicaída. Orin y Agatha no comprendían nada, ¿cómo podían? Ni siquiera yo me atrevo a decir cómo había podido ese hombre realizar tal proeza.

A unos pasos de allí estaba Duncan, quien ya recobraba plena consciencia. Estaba tan sorprendido como los chiquillos al ver al reptil caído. Instintivamente miró arriba. Una amarga sonrisa cruzó su agotada faz.

“Por fin” suspiró.

Sonreía, pero no se alegraba -en absoluto- de ver esa sombra, por muy aliviado que se sintiese por haber evadido la muerte un día más.

Con la agilidad y la precisión de un felino, la oscura figura saltó y en un abrir y cerrar de ojos estaba delante de los dos hermanos. Sólo que no había saltado -o al menos según lo que Agatha creía haber visto; por contra, habría jurado que el ser que parecía una silueta dotada con las facciones de un humano había saltado, sí, mas cuando lo hizo, había desaparecido y reaparecido instantáneamente.

El enorme cuerpo se alzaba sobre él, pero a los ojos de los hermanos tenían la misma estatura. Orin era alto -sobrepasaba el metro y ochenta centímetros- pero ese hombre era al menos cuatro cabezas mayor y tantas veces de anchura. Lo que se asemejaba a una cota de un grueso cuero negro se detenía a la altura de los hombros, permitiendo que sobresalieran de él dos poderosos brazos, aumentados por una musculatura muy bien entrenada; su torso era plano mas de un fortísimo arreglo abdominal. Incluso en la oscuridad los ojos sombríos y marrones del hombre relumbraban con un aura sobrenatural, al igual que su cabeza, totalmente calva, en las tinieblas perennes. Su mejilla izquierda denotaba una larga cicatriz, una vieja herida que nacía cerca del lóbulo bajando hasta llegar a la esquina del labio.

Los estaba observando.

No, examinaba a Agatha, desde la cabeza a los pies, de arriba-abajo y luego viceversa. La estudiaba, al parecer con su curiosidad tocada. ¿Qué es lo que veía? ¿Qué sentimiento movido en este gigante desconocido?

¿Quizá reconocimiento?

Bajó la vista y miró a Duncan, quien estaba cerca. Indiferencia. De Duncan giró su cuello en dirección a la difunta bestia.

Orin se percató de la enorme espada. Exhaló una admirada sorpresa. Esa espada era casi tan grande como el torso del joven rubio; claro, era una gran-espada, mas una que no había visto antes. El acero parecía indescriptible -hacía parecer la suya propia un arma endeble. Orin sabía que había acabado con el Ánima de Draco -la misma bestia cuyas escamas habían burlado su propia hoja- de un único golpe, mas no podía percibir herida alguna sobre el reptil.

Pronto supo el por qué. El hombre anónimo fácilmente manejaba semejante mastodonte con una sola mano, y con un giro de muñeca sesgó el cuello de la bestia caída con velocidad lumínica. La cabeza cayó limpia e inmediatamente un potente reguero de sangre fresca manó. El hombre no dudó en ahuecar las manos debajo de la herida abierta y llevarse el néctar a la boca. Para su sorpresa, bebió la sangre humeante, impura por el veneno verde de las ciénagas de Daemonia.

Estuvo bebiendo al menos un minuto. Tras saciar su sed eructó con sonoridad, ni siquiera tomándose la molestia en limpiarse las manchas de sangre. Esto le daba un aspecto aún más amenazador.

No podían hablar, ni siquiera Duncan -quien reconocía al hombre. Escalofríos recorrían la espalda de Orin -no parecía para nada un buen presagio. Aunó cuantas agallas le permitía el ánimo y tomó un paso en dirección al hombre; éste inmediatamente se le giró al muchacho.

Orin se detuvo. No dijo una sola palabra. Orin miró profundamente a los abismos de aquél y se topó con el mismo reconocimiento hallado antes para con Agatha. El hombre giró el cuello a un lado, su mirada parecía vacua; pero es así sólo porque Orin no podía comprender lo que había sufrido ese hombre - los crímenes que había cometido contra su propia gente. No podía siquiera empezar a entender las connotaciones -las oscuras memorias que aventuraban allende esos fríos ojos marrones.

Finalmente Duncan se prestó a acercársele, con suma cautela. La hoja, que no parecía tener sobre ella una sola gota a pesar de haber matado recientemente, estaba de nuevo en su mano. La empuñadura parecía de un claro marfil, como si hubiera sido tallada directamente de una fuente elefantina. Contrastaba con el acero bermellón, tocado por una pigmentación negra que ondeaba en los cantos; este el motivo por el que la sangre no se reflejaba sobre el acero, al haberse bañado en ella tantas veces en el pasado. Duncan notó una ligera imperfección justo debajo de la punta de la espada; una raspadura quizá -algo extraño e innatural para un metal de tal calidad.

“Venimos con pacíficas intenciones, amigo” dijo Duncan, “por favor, baja el arma”.

El hombre dejó caer su espada al suelo, el cual retumbó bajo el peso de la hoja. Le dio la espalda a Orin, observando ásperamente al sabio.

“¿Crees que preciso mi espada para matarte, viejo?” Habló él por primera vez, su voz tan grave como sus facciones. Mas debajo de esa melodía torva había un rastro de algo más profundo. Tristeza. Arrepentimiento.

“Sin duda podrías asesinarlos a los tres con un solo mandoble”. Duncan pausó, tragando saliva tácitamente. “Mas no lo harás” añadió, “no tú”.

“¿Estás tan seguro de eso, oh anciano?” Dijo él sardónicamente.

“La verdad es que sí” respondió Duncan con coraje.

El matón apartó la mirada. Sin esfuerzos recogió su espada. Susurró un hechizo inaudible y la espada se disipó -convirtiéndose en nada, mezclándose con el brumoso velo de la mismísima

Madre Éter.

“Para seros francos” dijo él, “siento una gran perplejidad por vuestra supervivencia. Nunca he visto a nadie por aquí”.

“Veraces tus palabras, permíteme explicar....”

Pero el hombre interrumpió a Duncan. “¡Silencio! Acaece la oscuridad y creedme que no querréis estar aquí cuando caiga. O quizá sí. Sea como fuere, haced lo que os venga en gana, a mí me importa bien poco.”

El hercúleo ser dejó atrás a los viajeros en su incredulidad y caminó silenciosamente, desapareciendo entre la pungente bruma.

“¡Espera!” Aulló Orin.

La silueta siguió avanzando, sin atenerse a la petición de Orin.

“Por favor” rogó Agatha. “No nos deje morir aquí. Se lo imploro, buen señor”.

El horrible monarca se detuvo.

“Está bien” concedió. “Seguidme, raudos. Muerte pulula aquí con libre albedrío cuando la noche avanza. Ni yo me atrevo a andar por la enfermiza taciturnidad de este lugar”.

Hicieron lo que pidió y lo siguieron por un laberinto de piedra y musgo. A través de caminos enrevesados que sólo un hombre había pisado. Aquél al que seguían. El hombre por el que habían arriesgado sus propias vidas en pos de hablar con él.

Duncan estaba tan confuso como Orin y Agatha. No habría encontrado la cueva aun si gozara de la inmortalidad de los dioses; o si la misma Thaná lo guiara con su antorcha de inagotable sabiduría. Las sendas iban en todas las direcciones, erráticas; no había lógica ni sentido en ellas. Más adelante el hombre confesaría que él mismo había modificado el rumbo de éstas por medio de la mágika. Aunque la humanidad no tocaba ese lugar, muchos enemigos acechaban en sus sombras.

Tras diez eternos minutos, llegaron a un gran arco que parecía artificial; se extendía sobre la roca como un arcoíris deforme, dos grandes tiradores mantenían un canto rodado que hacía la vez de portón -probablemente pesaba más que el Ánima de Draco asesinada recientemente. Pero como si de paja se tratara, el increíble hombre agarró de los tiradores y el canto rodó hacia adentro. Un olor fuerte a polvo y musgo invadió su olfato, Agatha se tapó la boca con su dulce mano; aunque estaba acostumbrada a todo lo asqueroso afuera de la seguridad de su hogar, este olor era diferente. Tan varonil. Tan decrepito y arcaico. Al momento de entrar, su anfitrión murmuró palabras que sólo Duncan podía entender y la gran puerta se cerró sola.

La cueva cayó a las más ciegas tinieblas. El misterioso gigante suspiró en una lengua abandonada y un fuego comenzó inmediatamente a arder sobre una pequeña pira de troncos y ramas, potenciada por una magia de la que Orin y Agatha no habían oído hablar. Una luz opacada, mas el entorno era claramente discernible. Un lugar no apto para claustrofóbicos; una estancia muy chica, fría y sin alfombras que calentaran la dura superficie, las rocosas paredes por nada decoradas. Aparte de la pira que ardía de manera antinatural, nada más salvo un montón de paja

putrefacta cubierta por una gran piel de buey. Varias protuberancias sobresalían del suelo amén de un amasijo de huesos de múltiples tamaños esparcidos por doquier. Quienquiera que fuera este ser, no era uno muy ordenado; a menos a ojos de los hermanos. No erraban, pues él apenas recibía visitas. De hecho ninguna. Hasta hoy.

“Sentaos donde os plazca” dijo.

“Gracias, pero prefiero estar de pie” respondió Orin sin modestia.

Orgullosa él, se apoyó contra la dura pared de la caverna, de brazos cruzados rígidamente. Su hermana era más humilde, diole las gracias al hombre por su hospitalidad y se sentó sobre una de las protuberancias, descubriendo de paso que eran tan incómodas como habían sugerido a primera vista.

Duncan siguió el ejemplo de la chica y también se sentó, despojándose del pequeño zurrón. “Amigo, ¿por alguna casualidad tendrías algo de agua para compartir?” Preguntó amablemente.

El hombre se le quedó mirando al viejo sabio y gruñó. “Sí y no.

Tengo agua, pero ha sido refinada de la que fluye libremente en estas montañas y a las ciénagas. Si lo prefieres, puedes beber sangre, pero las bestias que desangro se alimentan de cuanto crece aquí. Así que sería más o menos lo mismo”.

“Creo que pasaré, al menos por ahora” resopló Duncan, disgustado.

“Un pequeño añadido, si pudiera yo hablar” exhaló el ser sin nombre que parecía humano mas no se le sentía así. “No soy tu amigo y jamás lo seré, así que reprímeme de tratarme como tal”.

Duncan asintió, su faz enrojecida por el temor, no deseaba disgustar a este hombre, sabiendo lo que sabía sobre él -y eso, ciertamente, era poco más que nada, mas suficiente para detener su lengua.

Duncan suspiró pero no dudó. “Supongo que ha llegado el momento de que demos explicaciones”.

“Si vas a decirme el motivo de vuestra necia cruzada, no lo hagas. Sé perfectamente porqué estáis aquí.”

“Al menos eso nos ahorrará tiempo” dijo Orin, inmiscuyéndose en el coloquio como si a la par con estas dos mentes.

“Señor” habló Agatha. El hombre prestó atención a la chica, fijándose en ella, como si la conociera. “Señor” dijo de nuevo. “No deseo importunarle, pero realmente tengo mucha hambre, el viaje ha sido largo y el peligro no ha cesado de perseguirnos durante mucho tiempo. Si no es mucho pedir”.

El hombre sombrío anduvo hacia una tétrica esquina de la pequeña cueva y abrió un morral que había allí, oculto en una sombra. De él extrajo un largo frasco de cuero y un plato de cobre que había visto mejores días. También sacó cuatro copas de madera que parecían demasiado viejas para ser usadas. Mas no derramaron gota cuando descorchó el frasco y vertió un pungente líquido verde en ellas.

“No será lo que estoy pensando” dijo Duncan, asqueado.

“Sí, lo es. Ya os he dicho que no corre agua fresca por estos lares, pero he extraído el veneno, es potable.”

Ofreció una copa a cada uno de sus huéspedes. Orin olisqueó el contenido y se echó para atrás. Realmente apestaba. Duncan, mucho más audaz que sus compañeros, tomó un sorbo para arrepentirse al momento de hacerlo. No sólo repugnante, sino también de una espirosidad dura. Orin probó el brebaje - “¡ugh!” Escupió. “Asqueroso”.

“Lamento que no sea de tu agrado, niño” bufó el hombre fuerte, “pero es la única bebida que encontrarás aquí”.

“Sospecho que ya está acostumbrado a esta bebida” le dijo una tímida Agatha, sin intención de ofender.

“Sí” contestole él con brusquedad. “Pero te prevengo, chiquilla. Es una bebida muy cabezona”.

Trató de simular una sonrisa, mas ninguna apareció; no había sonreído en largo tiempo, ese hombre. Tiró éste el plato de cobre a los pies de Agatha, luego extrajo algo que se asemejaba a hongos y los dispuso sobre él -y otra cosa, algo como carne curada.

Orin se acercó a su hermana. “¿Qué es eso?” Preguntó.

“Carne y verduras” respondió el anfitrión con aspereza. “De lo segundo mejor no hablar; lo primero es carne curada”.

“Sí pero, ¿qué clase de carne curada?” Inquirió Orin, sin atenerse a la advertencia del hombre.

“Simple” dijo éste. “Proviene del mismo animal que no ha tanto os habría matado y habríase alimentado con vuestras carcasas”.

Orin dio un paso atrás, de repente había perdido el apetito. Agatha no era tan aprensiva, al estar su ánimo tan debilitado por el hambre; arrancó una tira de carne y cautelosamente le hincó el diente. Le costó un esfuerzo enorme el no escupirlo, pero al final logró tragárselo. Estaba realmente mala. Apartó la carne a un lado, esperando que el hombre no se diera cuenta. Lo hizo mas no le prestó importancia.

Duncan sí pudo terminarse una tira entera; su hambre había vencido a su sentido de la finura culinaria.

“Muchas gracias, ami.....” pausó. Luego evocó un nombre, el de ese hombre.

“Soren”.

Así se llamaba. Un nombre dejado por la mayoría, mas no por Duncan. Soren mostró sorpresa, no había oído a otro hablar su nombre en años. Se dirigió al otro extremo de la estancia -por ende unos pocos pasos- y emuló la bravura de Orin, pero esta vez al modo de un hombre de verdad mostrando auténtico orgullo y dignidad.

“Me hallo en cierta desventaja” carraspeó. “Sabes mi nombre mas no yo el tuyo”.

El anciano se puso en pie, a Soren le llamó la atención verlo levantarse con tal gracia, considerando su edad, mas no dijo nada. “Me llamo Duncan” dijo éste, apartándose algunos pelos sueltos que se le habían metido en la boca, “y estos jovenzuelos son Orin y Agatha”.

De nuevo osó Soren otear profundamente la mirada de Agatha. “Agatha” murmuró para sí. Fijó su atención en Duncan de nuevo.

“Orin y Agatha son gemelos, como habrás intuido. También son realeza, si bien aún tienen que acostumbrarse a ello.

Son vástagos de Sigfredo, el verdadero rey de....”

“Arlstad” concluyó Soren.

“Sí” afirmó Duncan, impertérrito.

“No sabía que Arlstad se había convertido en un reino” dijo Soren. Si estaba afectado por esta nueva, no lo hacía denotar ningún sentimiento sobre su faz.

“Bueno, mucho ha cambiado”.

“No me interesa saber, así que no te molestes en explicar”.

Duncan miró a Soren con severidad. “Quizá con el tiempo cambies de parecer”.

“Quizá” dijo, “pero lo dudo”.

“Eso lo veremos” Duncan dijo aviesamente.

Soren modificó su postura, cubriendo su rictus con una máscara de inexpresividad.

“Bueno, ya sabes de dónde venimos y qué hemos venido a hacer” bufó Orin. “¿Y ahora qué, Duncan?”

El anciano regañó al joven por su tosquedad, recordándole dónde y con quién estaba. A regañadientes Orin calló.

“Dado que ninguna explicación es necesaria por nuestra parte, quizá sea hora de que te pidamos que nos cuentes algo”.

“Me estoy imaginando que por mucho habréis pasado para llegar hasta aquí. Dioses saben cuántas vidas se han perdido por el camino.” Esas eran las amargas palabras de Soren.

Duncan no le prestó ofensa, simplemente contestó aunque Soren no haya formulado ninguna pregunta. “Una centuria de hombres y mujeres admirables; leales, devotos a su reino. Doce las estaciones de dolor que hemos tenido que aguantar para venir a tu hogar y ver al espectro divino”.

“Y todo para nada, pues nada es la ayuda que os he de prestar”.

Duncan se plantó velozmente frente a Soren. Uno era tan menudo frente al otro -a pesar de que

Duncan era de por sí bastante alto, su cabeza blanca apenas le rozaba a Soren su grueso pecho. El gigante se echó atrás por el abrupto arrebató. Para ser tan viejo, Duncan era muy valiente.

“¡Maldito tú, Soren, hijo de Ingstad! No permitiré que predispongas ánimo casual” rechinó.

No iba Soren a permitir tal descaro; se irguió, tan alto sobre el sabio, mas éste no se amilanó. No esta vez, pues no podía permitirse el lujo. Por el bien de los niños debía ser fuerte.

El rictus de Soren se despojó de su simulada indiferencia y prendió airada mecha. “Vigila tus palabras, necio decrepito. Recuerda con quién partes tu palabrería”.

Mas Duncan no cedió ante la presión. Ante los consternados suspiros de Orin y Agatha, le dio un manotazo a la cara de aquel hombre calvo; el golpe fue duro, certero y de un eco de varios segundos duradero.

“¡No voy a vigilar nada!” Exclamó un Duncan enardecido. “Muchas buenas personas han muerto para que pudiéramos llegar a ti y NO pienso mancillar su preciada memoria dándome la vuelta ahora. ¿Quién te crees que eres para hablarnos de modo tan vil, Soren?”

Puso especial énfasis en el nombre de aquél, Orin pudo ver cómo le rechinaban los dientes a Soren. Estaba aterrado, ya lloraba por la vida perdida de su mentor.

Duncan no había acabado en abroncarle a Soren. “¿Debo recordarte a ti los crímenes que has cometido, bestia?”

Con los ánimos de los hermanos totalmente fuera de sí, Duncan le azotó la otra mejilla, la cual al instante igualó el tono granate de su gemela. Soren se llevó la mano a la cara y, sorprendentemente, no hizo nada. Nada de nada. Sólo se mantuvo de pie, impasible, tan incrédulo como los jóvenes, que poco más que observar podían.

Reinó luego un largo instante de silencio. Duncan se erguía regio, desafiando a su anfitrión. Soren no podía soportarlo más, exhaló un hálito triste y se apartó. Pero Duncan no se dejó disuadir de su persecución. Agarró el poderoso bíceps de Soren y apretó muy fuerte hacia dentro.

“Ni se te ocurra darme la espalda, Soren. Sabes por qué estamos aquí y cuanto debes hacer.”

Soren cerró los puños con violencia, sus ojos enrojecidos por la ira, mas no se atrevió a encarar a Duncan. Se percató inmediatamente que había poder debajo de los tejidos que la edad tachonaba por el cuerpo de éste. Aceptó su destino resentidamente. Duncan aflojó el tacto y forzó una sonrisa, aunque la felicidad le quedaba muy lejos en el ánimo.

“¿Era eso tan difícil?”

No le contestó Soren, había sido una pregunta retórica; la respuesta evidente y en plena vista, a tenor del semblante de Soren.

“Muy bien” dijo éste, admitiendo su derrota. “Sentaos”; gimió, pausó, imploró - “por favor”.

Duncan dio la orden a los jóvenes; ellos se sentaron al lado de su mentor. Frente a ellos y al otro lado de la hoguera se sentó Soren, solo, como había estado durante tanto tiempo.

Orin estaba confundido. “¿Qué estamos haciendo, Duncan? ¿No deberíamos estar preparándonos para mañana?”

Mientras hablaba, un aullido estremecedor penetró las gruesas paredes de aquella improvisada ermita -perturbador, si se tiene en cuenta su densidad. Orin cerró la boca, su piel más blanquecina de lo usual. "Quizá podamos pasar la noche aquí" hipó.

"Desgraciadamente" dijo Duncan con sonrisa maliciosa, "vamos a pasar más de una noche aquí".

"¿Pero por qué?" Le preguntó la bella.

"En primer lugar, Agatha, porque necesitamos reponer fuerzas. Pero ese es el menor de nuestros problemas por el momento, completamente secundario, me atrevería a decir".

Soren se limitó a observar a sus tres invitados, cualquier sentimiento rebelde habido en él ya había dado sus buenas noches. Se sentaba en calma, haciendo crujir sus imponentes nudillos.

Continuó hablando Duncan. "El segundo motivo, el cual es además prioritario -es el saber".

"No entiendo" vociferó Orin.

"Es sencillo de entender. Ese hombre tiene una historia que contarnos; diríase más una autobiografía, una de gran relevancia para nosotros".

Orin aún seguía sin tener ni idea de lo que infería el viejo. Como si leyéndole la mente, le contestó así Duncan: "siéntate y comprenderás el propósito de esto". Había pues ordenado Duncan.

Orin obedeció al hombre de mayor inteligencia, sin entender todavía. "Pensaba que este hombre nos iba a ayudar" farfulló.

"Y eso hará, jovencito. Pero para eso antes debes oír -debes escuchar".

"No penséis que esto lo hago por volición propia" tosió Soren, pero sus palabras no eran pronunciadas conforme a la verdad.

"Y sin embargo te conmina tu juramento, ¿no es así?" Inquirió Duncan.

Soren lo recordaba; sus ojos se entrecerraron en aparente dolor -y dolor era lo que sentía él. Incapaz de olvidar, no quería abrir ese arcón que era su alma -el cual tenía en su interior sufrimiento y nada más.

Pero no le quedaba otra. "Muy bien" dijo tras un breve lapso de quiescencia. Rebuscó entonces de entre la maraña de memorias en su fuero.

Y Soren habló, dando comienzo a un recontar. Y también advirtió. Oh cómo les advirtió.

Canto I - La Infancia Perdida.

Como toda historia, incluso una tan triste como la mía, ésta ha de ser contada desde el principio. Mas os aviso, infantes, que cuanto habéis de oír no será de vuestro agrado. Cuidado.

Esta es una historia que marca la visión de una vida ensuciada por la estupidez -la mía. A seros honestos, jóvenes, creo que la vida es un camino, una sucesión de vías bifurcadas a través de él. Ahora, permitidme contaros cómo tomé la equivocada cada vez.

I

Rysia no ha sido siempre como es hoy. Hubo una época en la que vuestro mundo floreció. Hubo incluso una era en la que los dioses caminaban entre las razas mortales, pero ese tiempo es aún pretérito al mío y no puedo dar fe de él.

Sí puedo contaros lo que sé: los días en los que mi reino era el más fuerte de todos; cuando mi raza, la vuestra, gobernaba suprema en alianza con los Faerie de antaño. Eran tiempos felices, bueno, más o menos..... Ahora olvidados por todos menos yo, el porqué me duele tanto recontar los días de mi infancia. Mas debo, si espero pagar lo adeudado por mis pecados contra los dioses y mis antepasados, un suspiro - y contra ella, especialmente ella.

Séase este pues, el primer paso sangriento.

Una interrupción. La primera de muchas. Soren lo permitió.

“¿De qué estás hablando?” Apeló Orin. “Duncan, ¿es esto verdad? ¿Acaso puedes acordarte tú también de esta época? Sin duda debes.”

“Quizá sí” susurró Duncan en la tenue luz de una hoguera que tímidamente ardía en medio de la pétrea sala que Soren había estado llamando hogar desde hace ya bastante tiempo.

“O a lo mejor no. Es difícil decir. Soy un hombre mayor, propenso a olvidar” mintió.

“Te ruego silencio. Ya que cuanto nos va a decir tanto tu hermana y tú debéis aprender, para poder comprender. Siento sabiduría en este hombre, por deforme que ésta pueda ser -como deforme pueda haberse tornado su alma”.

Pausó Duncan para sorber el brebaje. Lo escupió inmediatamente; incluso destilado, el vil ácido de las ciénagas no podía beberse fácilmente, y una vieja tripa como la suya no lo podía soportar.

En verdad que Orin y Agatha bebían solamente porque se lo exigía su sed, y apenas probaban bocado de los hongos a los que Soren parecía estar tan acostumbrado.

“Por favor, amigo” le pidió Duncan, “continúa”.

Soren asintió con la cabeza y continuó su discurso apesadumbrado.

El mundo que algunos llaman -acertadamente- Inferno había sido una tierra fértil, plena y bella.

¿Orin, alguna vez has visto a las magnas águilas de Heln surcando cielos de un azul impecable? ¿Y tú, Agatha, has llegado a probar el pescado traído fresco de las saladas bahías de Fatammía? ¿Por supuesto que no! Pero creedme que era algo digno de ser vivido.

En mis tiempos la vida no sólo era vivir, sino que ésta era sentida, disfrutada, ansiada.

El dulce aroma del Océano de cerúleo cristal, su aliento amenizador acariciando tu piel, lo justo como para erizarte el vello y bañarte en un sueño liviano mientras te tumbabas sobre un lecho arenoso. Las jugosas manzanas de los pomares paternos, como miel al paladar, bendiciendo mis sentidos más allá del sabor. Y las damiselas, las mujeres libres del reino humano, su bailar despreocupado e hipnotizante durante la estación mágica, cuando el estío se tornaba áureo y castaño y los árboles ensalzaban a Demris, diosa de la cosecha.

¡Oh jolgorio! ¡Oh júbilo!

Como bien sabéis ambos, nuestro globo orbita alrededor del dios solar Igno; dos polos glaciales se extienden en el norte y el sur, lugares en los que ningún hombre puede estar; algunos hasta dicen que los dioses celebran comités y banquetes allí -mentiras y superstición, claro está.

Lo que no sabéis, al menos no correctamente, es la geografía. Hoy en día me imagino que la debida educación escasea, así pues permitidme instruiros. Permitidme explicaros el mundo antes de vuestra vida. Para que así podáis entender.

En la extensión norteña más lejana, allende las tierras sacras de Tamriel, el Mundo Helado del Norte, gemelo de su opuesto sureño. Muchas leguas al sur de esta tierra, el continente de Faeryaie. Conocí bien este lugar; probé sus frutos, pisé sus verdes tierras. Luego las ennegrecí, rapiñé sus vastas riquezas y conquisté sus muchos Estados. Lo anegué todo en sangre.

Mas antes de las eras de dolor y guerra, había mágika. No las vanas artes del trilero con las cuales los engañabobos humanos encandilaban a niños y mentes estúpidas y débiles -sino mágika viva y real. Fattos era la palabra que los Faerie empleaban para definirla; esa era su palabra, pronunciada en las lenguas antiguas, el idioma que Rysia, Madre de todo Bien, recibió de Astarios, a su vez legándolo ella a toda su progenie.

Las tierras del pueblo Faerie eran, fuera de toda duda, benditas. A diferencia del hogar en el que crecí, los árboles nunca mutaban su cromatismo, las matronas robustas simulaban al pino y sus agujas y se negaban a abandonar a sus crías en las estaciones más frías -las cuales sólo existían en Hiperboria. La muerte era escasa y los árboles encumbraban cielos inexplorados por las águilas, superando la altura de las montañas - ¿os lo podéis creer? Yo sí, pues he visto.

El pueblo Faerie veneraba a Demris y a la Madre Gaia con tanto fervor como el que profesaban

hacia el Sumo Padre Astarios, y como tal no tomaban de la tierra más de lo que daban a cambio. Siendo así su idiosincrasia, la natura prosperaba allí -en Faeryaie.

La provincia situada al norte de Faeryaie estaba compuesta por las tierras eólicas, gobernadas por los Faerie Oscuros -Hiperboria se llamaba. Bosques y granjas que eran reliquias esqueléticas de una antigua prosperidad que tuvo que doblegarse ante edificios más grandes, de ladrillo y cristal, concebidas por las brillantes mentes de ingenieros hiperborianos.

Más propensa al frío, la fauna regional consistía de osos polares que los Faerie habían domesticado por generaciones, zorros blancos, lobos huargos -compañeros fieles y aún mejores amigos- y el felino de dientes de sable; pero sobre todos aquellos se alzaban los mamuts lanudos: grandes mastodontes que pastaban bosques locales y aventuraban níveas planicies que ningún hacedor de carreteras hiperboriano se atrevería a devastar.

Estas bestias, si bien intimidantes a primera vista, eran de facto seres de lo más pacífico. Sé que los Faerie, con sus habilidades mágicas, podían comunicarse con estos animales, ya que eran inteligentes; incluso me atrevería a decir que eran racionales. Se movían en grandes manadas a través de los vientos entrecruzados de Hiperboria. Los habitantes de Faeryaie muy a menudo viajarían a los hogares de estos grandes mamuts -Lukhi en la lengua nativa- para ofrecerles exequias y alabanzas. A su vez éstos servían a los Faerie con sus mayores atributos: su lana, la cual daban gustosos y los Faerie tomaban con respeto -la cantidad proporcional para emplear ellos y no privar a las bestias de su protección natural; y, por supuesto, la dulce y cálida leche que los Faerie usaban para preparar más de un manjar. La comida más simple -como su famosa leche de mamut frita, la cual se comía especialmente durante las cosechas- podía superar hasta los platos más elaborados de la alta cocina kratesiana.

Y si Hiperboria era conocida por su invierno perenne, la provincia del sur divergía, mas igualaba a su contraparte norteña en belleza. Nombrada Azur por sus bahías, éstas siempre brillaban bajo cielos azules que no conocían ni de nubes ni de lluvia. Santo Igno acariciaba esa tierra todo el año.

A pesar de esto, las sequías eran desconocidas en Azur; una abundante vegetación crecía por sus vastas planicies. Los ríos y sus afluentes corrían con aguas frescas, en absoluto frenadas por la privación. Azur era conocida no sólo por sus ricos frutos, verduras deliciosas y grano en abundancia -también por su fauna marina, la cual era importada durante las escasas ocasiones en las que los Faerie nos permitían la pesca en sus aguas.

Apenas lo recuerdo, mas me vienen preciadas memorias de haber pescado -durante mis viajes iniciales en Toth, junto a Farrah y Alma- trucha dorada que nadaba contracorriente en las frescas y claras aguas de Azur. Había tantos peces y probarlos asados con anacardos y pimienta fue un placer, una delicia y un honor.

“Ah”. Soren se detuvo, mordiendo su labio inferior al recordar lo que había perdido para siempre. Luego prosiguió su historia.

Sí, Faeryaie era un lugar mágico y más adelante oiréis más sobre él, pero por ahora sabed que el continente ciertamente estaba poseído por la bendición divina.

Pero esta atención y cuidado no habría sido posible de no ser por los Faerie. Sí, Orin, a ti quizá te sean poco más que una raza mitológica, pero eran reales, te digo, tanto como el calor de esta hoguera, tanto como la oscuridad que crece con más fuerza cada día. Para entender mejor su tierra uno debe saber sobre los Faerie, los verdaderos hijos e hijas de Astarios.

Hay incontables fuentes que hablan sobre los grandes Archimagos y los guerreros arcanos de la Antigüedad. De eso no puedo hablar, al ser de épocas que superan la memoria del hombre. Los maestros de Antroporion habían hablado la vieja lengua y estudiado textos fragmentados, intentando analizar e interpretar lo que mayormente se había perdido en las grises arenas del tiempo. Muchos filólogos hubieron tratado de arreglar los pedazos de puzles que eran los días en los que la humanidad aún era un bebé y los Faerie luchaban contra oscuros enemigos tiempo ha olvidados.

Esos no eran los Faerie que yo conocí, pero éstos no eran menos misteriosos. Poco se conocía la mágika entre nuestra gente, su Fattos; ellos protegían sus tradiciones con mucho celo. La mágika que controlaban -algunos incluso capaces de doblegar los mismos elementos a su voluntad, si alguna vez hubieran ansiado tal poder- estaba vinculada directamente a su pasado como magos de gran fuerza y saber. Una pequeña cuadrilla de filólogos e historiadores viajaría anualmente a estas tierras para entrevistarse con sus chamanes y sacerdotes; fútil empresa, pues éstos jamás revelarían sus secretos.

Veraz era que los Faerie podían ser testarudos, pero si algo eran justos. La mágika era su principal atributo; un misterio para nosotros, para ellos una ciencia, pues Fattos, en la lengua Faerie, significaba tanto magia como ciencia, porque ambos eran uno y uno lo era todo.

Sé lo que estás pensando, Agatha, y deja que solivante la duda que picotea tu ánimo. Sí, aprendí las maneras mágikas de la raza anciana y vislumbré algunos de sus secretos -aunque los fantasmas que me los desvelaron lo hicieron por la fuerza. Mas no anticipemos eventos crueles, en el debido momento os los contaré. Sólo sabed que los Faerie poseían un gran poder.

Por lo que sabíamos los humanos, la mágika estaba ligada directamente a los elementos, entiéndase pues que se estudiaban cuatro variantes de la mágika. Fuego, agua, tierra y aire. Si sólo fuera tan simple como eso -cuán estúpidos éramos. Claro que la realidad era mucho más profunda. La mágika era un arma de doble filo, como todo en esta vida lo es; podía doblarle las rodillas a un rey, hacer que los mares marchitaran y se secaran, aplastar montañas y derretir en cenizas los árboles. Sí, podía ser un poder de destrucción total. Es por eso que no querían -no, no podían compartir sus secretos con la raza belicosa de los humanos. No es que los humanos tuvieran afinidad alguna con la mágika.

La mágika no era sólo un medio físico, sino también un estado de la mente y el espíritu, adherida a la naturaleza de quien la poseía. Así como los humanos podrían haberla usado para la destrucción, los pacíficos Faerie usaban su herencia para crear y salvaguardar lo creado.

Respetaban la naturaleza y la naturaleza los respetaba a ellos. Controlaban las cauces del agua para que ningún diluvio pudiera deshonrar sus ciudades. Extraían el cristal directamente de la arena de sus playas y construían con ésta preciosas bibliotecas de cristal empañado, como aquéllas en Harmonía. Tamriel me dijo una vez que eran un portento para la vista: grandes arcos de cristal y finos edificios de gran altura, brillando con el tierno abrazo de Igno; sin embargo ni calor ni frío podían penetrar esos monumentos al júbilo arquitectónico.

Rara vez violentaban los árboles que veneraban y reverenciaban, con la excepción de los monumentos de diversa índole que tallaban de madera bendecida por el tacto de las centellas de Astarios. Duncan, escasamente usaban cemento, ladrillo o metal para sus edificaciones -exceptuando las megalópolis hiperborianas.

Éramos tan distintos que hasta diferíamos en nuestras percepciones sobre lo divino. Para nosotros los dioses favorecían el poder y la fuerza; virtudes lo llamábamos y en consonancia nuestras iglesias se construían con acero y roca, a los cielos arengadas torres puntiagudas y

paredes enormes con puertas en las que había engravadas incontables figuras, estatuillas y efigies.

Nuestras iglesias eran disimilares a sus templos, que eran rectangulares y harmónicos. Ningún lado más largo que el otro, la perfección geométrica muy bien calculada. Dentro de éstos cuidaban y preservaban sus artes más sacras: armas creadas por los guerreros arcanos y textos divinos compilados por sus escribas más puros -demasiado valiosos para tener en las bibliotecas. Sí, Orin, tanto su arte como su sabiduría superaban las nuestras con creces.

Otra característica de los Faerie llamaba nuestra atención: eran como nosotros en algunos aspectos. Había diferentes credos y razas de Faerie, aunque generalmente se distinguían entre Hiperborianos y Azurianos. Si bien era imposible distinguir a uno de otro -ya que lo único que los separaba era su opinión respecto a Astarios.

Tendríais a aquéllos de piel más clara y ojos azules, como la bella Lethrienne, a la que conocí en Fatammía; aquí también primaban los marineros de piel aceitunada que navegaban los océanos, mientras los Faerie de oscura tez en Toth protegían los bosques de cualquier tipo de transgresión. Y no olvidemos mentar a las diestras Amazonas de flamante rojo.

Variaban en estatura y tamaño, aunque tendían a ser más pequeños que nosotros. Salvo Hipólita y sus Amazonas, la musculatura de un Faerie era menor debido a que no eran una raza guerrera, su mágika casi su único medio de protección. Más que suficiente, pues ninguna arma creada por el hombre podía competir con ella. Su complexión solía ser pulcra y esbelta. Obesidad, diabetes, gota, enfermedades que nos habían estado atosigando desde el albor de nuestros tiempos a ellos no los afectaba; no comían carne, sino que sólo tomaban lo que Demris les daba -ya sea del árbol, la tierra o la ubre. Comían pescado en ocasiones, aquéllas en las que a nosotros mismos se nos permitía pescar en sus aguas -previo pago de abultados impuestos y tributos a los consejos locales.

Mas había otro aspecto a destacar sobre los Faerie que los hacían diferentes a nosotros: su cabello.

A diferencia de mí y de muchos como yo, la calvicie no era inherente en ellos. Con buen motivo se llamaba alopecia androgénica. No eran hombres, sino Faerie. Eso era lo menos fascinante del pelo que los encumbraba. Lo que realmente me dejaba perplejo no era su longitud, su vigor o el brío en él -sino su color.

Veréis, es cierto que la mágika estaba unida a un elemento u otro; ahora bien, va mucho más allá de eso. Desde el mismo día en el que nace un Faerie, su inclinación elemental ya está decidida; quizá fuera por la diosa matrona Vhishtal o por la misma Fortuna, no lo sé, pero su inclinación queda marcada por el color de su cabello. El pelo rojo significa afinidad al fuego, azul en relación al agua mientras que el marrón es el símbolo terrestre y el verde el don del dominio sobre el aire.

Fascinante, la mágika es lo que ciertamente guía la vida de un Faerie. Del primer hálito al último. Mas ese suspiro final antes del Sueño también era muy diferente al nuestro. Un Faerie podía vivir hasta los tres mil años o incluso tres mil quinientos. De hecho ha habido rumores sobre los más ancianos llegando a vivir más de cinco milenios; si esto es así tampoco lo puedo certificar.

Por ello muchas personas los llamaban inmortales. Nuestras vidas, nada comparadas a las suyas -sólo una ráfaga de viento soplando por una ventana abierta. Sin ninguna duda en mi cabeza, los Faerie eran la mejor raza con la que pude toparme durante mis largos trayectos. Y cuán cruel fui con ellos. En fin, algo que no debió ser jamás.

Los Faerie compartían su hemisferio con otras tierras y civilizaciones.

Al oeste más lejano había una isla que tenía misteriosamente la forma de un relámpago. No estaba en demasía lejos de las heladas costas del polo norteño; por tanto los bancos de sus ríos estaban escarchados y las aguas detenidas por la temperatura. Tierras inhóspitas en las que nada crecía -ni bueno, ni malo

La mitología -real- asegura que el propio Astarios liberó su ira celestial sobre esos fríos mares y éstos burbujearon bajo su furor, dándose el nacimiento de la Tierra Oscura. Uno de los muchos nombres que los supersticiosos llamaban a esa isla -y con razón, tal como yo acabaría por averiguar.

Las leyendas también aseguran que una raza tenebrosa fue sellada allí hace tiempo por Astarios y los Faerie. Lógicamente en mis días esas leyendas eran sólo eso.

No mucho más se puede decir sobre la Tierra Oscura, al menos no de momento.

Cruzando el estrecho del ecuador de Rysia, al oeste de las costas de Ignollia hay un sistema de islas volcánicas; Opson, el reino de los Cíclopes y unos kilómetros al norte, las Islas Draco.

Midiendo más de dos metros y medio el más pequeño de esta poderosa gente, los Cíclopes son conocidos por su único ojo sobre sus grandes frentes, su increíble fuerza física y, sobre todas sus aptitudes, su claridad a la hora de doblar el metal a voluntad.

Eran herreros de verdadera excelencia. La última vez que supe de ellos, el Señor Oscuro en los vientos me dijo que estaban al borde de la extinción; quizá tú, Duncan, sepas más sobre esto.

Mas lo que yo recuerdo es una raza que habitaba las islas Opson. Cubiertas éstas por mesas volcánicas, en su vientre las forjas echaban humo con las candentes obras de los Cíclopes. La lava nunca dejaba de correr ni los Cíclopes de trabajar. Su bastión neurálgico era una ciudadela muy industrial -y muy plena de hollín- llamada Aethos, una megalópolis subterránea en donde estaban las fraguas principales -y el trono de Edipo. Se llamaba así en honor al Monte Aetna, que protegía esta ciudadela en su útero.

Asusta, ¿verdad? Ya, pero los Cíclopes aprendían la metodología volcánica casi antes de andar. Comerciabamos con ellos y a su vez nos construían armas y armadura -casi tan poderosas como aquellas forjadas con mágika. El secreto no se hallaba sólo en la naturaleza volcánica de estas armas; los Cíclopes imbuían el resultado final en fuego de Dragón. Eso es lo que hacía que sus obras fueran tan resistentes y fuertes. Los Dragones y los Cíclopes cooperaban en mor de leyes alcanzadas a través de múltiples tratados.

De buen seguro que ya estaréis familiarizados con los sórdidos engendros nacidos de mis cacerías. Del tormento y el dolor de su propio fin, así llegaron al mundo las Ánimas de Draco.

Mas no confundáis a esas tristes y retorcidas criaturas con los nobles Dragones de érase una vez.

Eran majestuosos; poder ver a un Dragón imperando los cielos era un esplendor que no puede bien describir mi dicción limitada. Especialmente una visión digna era el ver a estos altos reptiles desplegando las alas en su peregrinaje rumbo a la Vishtallia norteña. El poder vislumbrar una migración de tamaña magnitud es sin duda un milagro natural.

Recuerdo aquella noche, desde el saliente denostado de Faenor, cuando mi estimado Laertes los divisó; cuando repentinamente las nubes noctámbulas en derredor del Monte Ignarios se iluminaron con un alba draconiana. Al menos cincuenta magnas bestias bañaron el horizonte con sus alas y al unísono de sus grandes bocas escupieron blancas llamaradas. Yo estuve allí, desde abajo observando, atónito y con los ojos bordados de admiradoras lágrimas.

Variaban en tamaño pero se equiparaban en magnificencia. Dragones. Seres impresionantes. Amigos de Cíclopes y Faerie. Con nosotros, no era tan buena la relación, pero había respeto y cada raza no se inmiscuía en los asuntos de la otra. Esto de hecho era una paz de ardua labranza.

Ah, las cazas de Dragones propiciadas por mis ancestros por medio de edictos viles..... Mas ese es un tiempo que a mí me elude y por ende me importa bien poco.

Y no hay mucho más que pueda decir detalladamente sobre los Dragones. Nada bueno, al menos; al fin y al cabo yo soy humano. Mas recuerdo un nombre: Areandil, rey de todos los Dragones. No, obviemos ese nombre por ahora. Os lo ruego.

Al sur del ecuador meridiano, separando la nación Faerie de la nuestra -no por casualidad, si me preguntarais- estaba Antroporion, en donde la humanidad levantaba sus iglesias y palacios. Los humanos -o Turii en lengua Faerie; ese es el mundo del que provengo.

Las diferencias entre la humanidad y el pueblo Faerie no radicaban sólo en tiempo y longevidad, ni en linaje y creencias, también nuestras idiosincrasias eran antagónicas.

Con ellos vivíamos en paz y de mutua satisfacción hacíamos comercio. Pero los Faerie jamás compartieron sus secretos con nosotros, pues temían que la influencia de la mágika nos corrompería, nos forzaría a ir más allá de nuestras limitaciones y desafiar al orden preestablecido ha eones por los mismos dioses. No erraban en esa idea; tampoco es que importara mucho dado que los humanos no tenían noción de la mágika.

Para definirnos a nosotros, Orin, y a ellos -y así establecer la realidad de nuestras diferencias, que eran mayores que nuestras similitudes- hay que traspasar los meros aspectos físicos de ambas razas y entenderlas sociológicamente.

En todo éramos opuestos, quizá hasta dos caras de una misma moneda -si bien la nuestra estaba manchada. A diferencia de Faeryaie, su norte era nuestro sur. Las tierras sureñas de Antroporion eran frías y estaban sometidas a la dureza del clima. Pero claro, niños, que eso lo sabéis bien, pues de allí venís.

Los Faerie, para ser más específicos los Azurianos, vivían a lo largo de sus tierras en pequeñas comunidades. Ciudadelas enanas controlaban una cierta y preestablecida extensión de tierra. Cada poblado, aldea, granja y casa monofamiliar estaban vinculados a una metrópolis tanto física como políticamente. Las carreteras construidas con mágika no podían ser igualadas por ningún

ingeniero humano.

Faeryaie, Hiperboria incluida, estaba dispuesta en diez capitales o metrópolis principales. Por su parte cada capital presidía sobre diez poblados menores que a su vez tenían bajo su responsabilidad diez aldeas que rodeaban a estos poblados; estas aldeas por lo general consistían de dos o tres núcleos agrícolas en donde los Faerie cuidaban de los animales y labraban cosechas que servirían para abastecer las mancomunidades, las cuales, a cambio de los dones de Demris, les otorgaban protección.

Mas no os atengáis del todo a mis palabras, jóvenes, pues os estoy explicando esto desde una perspectiva meramente humana. La suya era bastante distinta.

Ningún Faerie, bien gobernador o granjero, profesor o alumno, poseía mayor rango en el sistema político. Aunque toda Faeryaie se regía por las mismas leyes y principios, cada comunidad disfrutaba de su legislación regional, las cuales divergían entre sí en algunos aspectos cotidianos.

Tampoco hincaban rodilla ante rey o tirano. Cada comunidad tenía su propio gobierno, pero éste era votado cada cien años y estaba sujeto anualmente a audiencias públicas delante de todo el cuerpo de ciudadanos. Un gobierno no podía aprobar una ley o mediar en asuntos exteriores sin la aprobación unánime de la ciudadanía. Cada Faerie recibía el derecho a ésta al nacer y lograba un estatus pleno con la mayoría de edad, la cual, si no me equivoco, era circa el octavo centenario de un Faerie.

A seros sinceros, siendo yo humano y para más inri de alta alcurnia, nunca tuve demasiado interés en su sistema político, aunque me viene a la cabeza una palabra suya para definirlo -mas me es esquiva: demo, damo, algo kret, krateie. Nada, que se me escapa de las sienes, tal era mi desinterés en él.

Ellos eran el pueblo libre, elegían sus leyes y gobernantes y actuaban en consecuencia -en paz y prosperidad.

Eso no significa que nosotros no fuéramos prósperos. Sencillamente éramos diferentes. Como nuestras creencias religiosas y el modo en el que levantábamos nuestros santuarios de culto -tan distintivos, tan recargados con los tallados que necesitábamos para imponernos nuestra fe- tal era también nuestra necesidad de forzar la autoridad de unos pocos individuos sobre las masas.

Nuestro sistema era bastante menos complejo y a la par mucho más. La gente de Antroporiom, rica y pobre, humilde y altiva, se sometía al Rey. Mi padre. Sosteníamos un sistema monárquico y nuestra sociedad giraba en torno a él. Parecía más fácil; nuestras leyes eran escritas por su mano.

La pregunta que quizá querréis haceros es si la mano que escribía la ley también la ejercía. Había muchas elecciones para dirimir candidaturas propuestas por cuadrillas de secretarios glorificados y bufones de corte; había debates mas no dudas. Discusiones pero no soluciones.

En definitiva, había bastante tensión.

Krates era la capital de todo Antroporiom. Desde allí mi padre, como sus antepasados antes que él, supuestamente gobernaba sin trabas. Situado al noreste de Antroporiom estaba Atthinia, la Ciudadela del Saber. Sujeta a la ley de Antroporiom, tras sus muros mentes aventureras aspiraban a obtener sabiduría en las áureas salas de Thana; efectivamente, las grandes bibliotecas y templos dedicados al culto de la psique. Esa era la ciudad favorita de Roderick; no la mía, ya que yo seguía

la vía de Aerios, dios de la Guerra, el código del guerrero. La ciudad de sabios, Atthinia, consagrada a Thana, la más querida de entre los hijos de Astarios.

También servía como nuestra capital financiera. Era allí donde residían los banqueros más acaudalados. Gobernaban con al menos tanto poder como el Rey y sus gobernadores; por tanto Krates y Atthinia eran los principales baluartes del trono del Rey Ingstad.

Mas había otros, más desafiantes, menos leales. Mi padre, a pesar de gobernar como Jefe de Estado, tenía que lidiar con facciones descarriadas.

Al noroeste de Krates se ubicaba el bosque más grande que Rysia había conocido. El Bosque Blanco; bautizado así por sus flores blancas, la gran Magnolia que cubría la densa extensión del bosque. Mas este autoproclamado reino era mucho más que árboles de la altura de edificios, rociados por bayas blancas y flores. En cuanto se refiere a frutos, nueces y la caza, había otros bosques menores, huertos, viñedos y cotos que superaban al Bosque Blanco, pero ninguno de éstos podía competir con las propiedades medicinales de sus hierbas.

De facto el Bosque Blanco servía al reino de Krates con pociones, ungüentos y medicinas que podían curar cualquier aflicción -salvo la muerte, claro está. Mi madre era una fiel admiradora de esta especial opulencia botánica. Mientras hablo, lo vivo de nuevo: los árboles de lavanda de los gnomos, en verdad poco más que arbustos - ¡cuán briosos! ¡Cómo crecían bajo la luz de los dioses! Y sus hojas y pétalos violáceos, una vez hervidos en agua, podían curar migrañas, dolores de garganta e incluso acuciantes cagaderas -por desgracia aprendí esto último vía experiencia directa.

Agatha gimoteó tímidamente. Soren rio por lo bajo junto a la joven bella.

Sí, el Bosque Blanco destacaba por los dones sanadores de Demris. Pero ni las mentes más prolíficas de Atthinia eran capaces de elaborar estos remedios. De entre toda la raza humana, la sanadora más capaz que conocí era mi madre; a día de hoy juro que era medio diosa -pero de ella hablaré después. No, tampoco mi madre podía crear tamaña medicina. Mas había una raza en Antroporion que sí podía. Los gnomos.

“¿Los gnomos?” Rechinó Orin. “¿Qué cuentos de hadas me estás contando?”

Duncan azotó al joven en el cuello, instándolo a callar. Orin se sentó, obedeciendo a regañadientes. Soren avanzó en su discurrir, un tanto ofendido por la arrogancia juvenil de su invitado.

¡Orin! Los gnomos existieron, ¡lo juro por mi negro ánimo! Aunque su existencia sea ahora desconocida, cualquier cuenta habida sobre ellos borrada. No eran una raza mágica, ni particularmente dotada como los Cíclopes, ni impresionantes como los Dragones. No, su historia es tanto más infeliz. Con vuestro permiso os hablaré un poco sobre los gnomos y su deforme linaje. Cuanto menos eso les debo, pues yo también sometí a su gente a la peor clase de suplicios y tortura.

A su manera, los gnomos eran humanos; como nosotros, Orin, y a la vez diferentes. Su historia, que conste, es trágica. Todo comienza ha milenios. Cuántos no lo puedo decir -más que nada porque no me acuerdo. Creo que todo comenzó durante los tiempos pretéritos a cuando Arlstad, vuestra tierra ancestral, entró a formar parte de la hegemonía kratesiana. Y la propia Krates entonces era una nación más pequeña, partida en mitades y cuartos, dividida en una

mancomunidad inestable o una especie de asociación de reinos y baronías enanas. Primero hablemos de los gnomos.

Antes del ungimiento del Rey Ingstad I, antes de la unidad de las naciones de Antroporion, los gnomos fueron los enfermos, los deformes y los depauperados mentales de la sociedad humana. Nadie sabe muy bien el cómo, pero los académicos aseguran que durante un periodo de terribles hambrunas, los sacerdotes de Krates, Heln y Caledonia proclamaron oficialmente que los menos capacitados no eran sólo débiles y estúpidos, sino también los principales culpables de las hambrunas que habían estado asolando la nación durante más de una generación.

Sentimientos de hostilidad hacia los endeblés se propagaron por los diversos Estados. La intolerancia era una semilla de fácil plantación en los corazones de hombres y mujeres del populacho; promulgada por las proclamas mediumísticas del clero y su propaganda masiva y el férreo puño de la Ley y su Verdad indiscutible. Así pues, en consecuencia, los reyezuelos de nuestras tierras decretaron que los deformes, los anormales y los adinámicos habían de ser ejecutados y cualquiera que se prestase a albergar a los disminuidos era tachado de cómplice delictivo y también era enviado a los múltiples brazos de la muerte.

Fue un genocidio - ¡ja! No es que yo pueda condenar sus actos, ¿eh, Duncan? Fueron ejecutados bien por decapitación, destripamiento u otros métodos más dolorosos. Los sacerdotes exigían que sus muertes fueran excruciantes; "tal es la voluntad de los dioses" habían dicho. No fueron los primeros en usar su nombre en vano y desde luego no fueron los últimos -eso os lo aseguro- ni tampoco pioneros en cometer purgas barbáricas - si bien barbárico es un adjetivo que evoca en mí hipocresía cuando la uso para describir a cualquiera que no sea yo.

Mas hasta las criaturas más raquílicas en la Tierra, si arrinconadas, podían morder. Las cazas fueron tan crueles que no sólo se levantaron contra la tiranía las víctimas de las persecuciones, también muchos ciudadanos, quienes no podían mantenerse al margen mientras transcurría semejante salvajismo. Luego lo que comenzó como unos disturbios aislados en ciertas partes de la nación se convirtió en una revolución a gran escala.

Los discapacitados lucharon con tal fiereza que se volvieron fuertes en sus corazones y se enfrentaron a los hombres del Poder con una bravura otrora impensable. Los esclavos se armaron en la clandestinidad mientras los vagabundos caminaban por las calles en la silente oscuridad y actuaban como espías, pequeñas arañas tejiendo telares de engaño e ilusión. Niños y almas callejeras guiarían a guardias confiados a muertes muy lamentables. En las entrañas de las ciudadelas principales los cadáveres se apilaban en los centenares.

Pero por muy bravas y justificadas sus acciones y causa, era una batalla a la larga condenada. Lucharon bien, mataron a muchos, pero eventualmente las fuerzas reales tomaron la iniciativa.

Mas su cruzada, su revolución, no había sido en vano; en absoluto fue una causa perdida. Al haber mellado la armadura real, la de las fuertes comarcas kratesianas -o reinos o lo que se hayan llamado entonces- habían logrado reducir las filas de las huestes monárquicas en ciertos puntos, especialmente el oeste era muy vulnerable.

El ejército escuchimizado pudo sobrepasar las líneas debilitadas de la dinastía Qin y luego dirimió sobre si atacar la fortaleza de Ithen, cerca del Bosque Blanco. Quizá habrían prevalecido, ganándose con ello al menos unos meses de paz, pero la mayoría de sus integrantes sabían que sólo sería una solución temporal. Así que decidieron con sapiencia: votaron en favor de la huida. En lugar de atacar a las diezmasas filas de Ithen, contra todo pronóstico y versus lo esperado por los ejércitos reales, viraron al norte, alejándose de la frontera con Ithen, y se aventuraron a las profundidades del Bosque Blanco -entonces territorio sin explorar, considerado en demasía

inhóspito para la gente de la nación.

Se adentraron a las blancas tripas del bosque y permanecieron en el anonimato durante generaciones. Eventualmente, los reyezuelos y sus respectivos sucesores los dieron por muertos y siguieron con sus asuntos, probablemente -y no poco- debido a las supersticiones de plebeyos ignorantes, quienes contaban leyendas sobre un bosque embrujado que entonaba himnos oscuros en las altas horas de la noche.

Los años avanzaron y el reino de los hombres se fortaleció en la forma del reino de Antroporion, como yo lo conocía; nadie supo nada más de la gente débil hasta que, varias generaciones post el legendario Rey Ingstad I, un pequeño tropel de endebles criaturas emergió del bosque, trayendo regalos en vez de armas. Estas criaturas viajaron largo camino hasta llegar a la capital de Krates, con misteriosos tributos para el monarca, Roderick III.

Quisiéralo así la fortuna que el único hijo del Rey -pues la Reina sólo le había dado hijas tras engendrar a su heredero varón- moría un agónico fin debido a una aflicción que ningún maestre podía curar. Y cuán sorprendido quedó, el Rey, al ver a estos hombres y mujeres lentos, menudos y patizambos, vistiendo ropajes tejidos de hojas y pequeñas ramas, de largas y enmarañadas barbas, ojos redonditos y diminutas cabezas, quienes llegaban justo a tiempo para darle al niño una pócima que lo vio sano en menos de una semana.

Como recompensa a esta bendición, el Rey le concedió a este diminuto populacho una posición en su corte como médicos y cirujanos y dióle protección al Bosque Blanco, incluyendo en este tratado vía libre para el comercio. En menos de una generación estos seres, que se llamaban a sí mismos gnomos, hubieronse convertido en una comunidad activa dentro del reino de Antroporion. Cuando el Rey les preguntó sobre quiénes eran y cuál su procedencia histórica, los gnomos no dieron respuesta ya que la desconocían. A diferencia de nosotros, los gnomos no tenían lengua escrita, siendo su tradición preeminentemente oral; si bien hablaban la misma lengua que nosotros, carecían de literatura, ergo no podían entender el contenido de nuestros libros.

Siglos más tarde, nuestros académicos denotaron semejanzas entre estos gnomos y los enclenques fugitivos que habían huido ha milenios -según lo inscrito en un antiguo papiro Faerie, apenas legible, el cual a su vez se trataba solamente de traducciones recopiladas de textos humanos previos.

Llegaron a la conclusión de que los gnomos eran de facto los descendientes de aquella misteriosa revolución que había desaparecido en el aire con la misma celeridad con la que habíase levantado. Por tanto, desde entonces las antiguas cazas pasaron a llamarse las Grandes Cazas del Gnomo. Si esta leyenda es veraz, no lo puedo asegurar, mas las similitudes en las historias reflejan más que mera coincidencia.

Eventualmente a los gnomos se les enseñó a leer y a escribir y obvio que muchos de ellos a su vez alcanzaron el estatus de escribas, pudiendo así aprender sobre su herencia perdida. Esto causó cierta disputa y hostilidad entre razas. No inicialmente, mas con el tiempo se alzaron algunos partidos políticos dentro de la sociedad gnoma y declararon su independencia de Antroporion. Subsecuentemente, estos movimientos fueron correspondidos con la fuerza por parte del Rey de los hombres. La violencia no logró más que incitar a los gnomos, quienes, a pesar de ser más débiles que nosotros, tenían la habilidad de crear venenos que diezmaron poblaciones enteras y envenenaron ríos, con lo cual murieron muchas personas y ganado y fueron arruinados campos de cereal y grano, a tal punto que jamás volvería a crecer nada en ellos, dejando el terruño mudo y vacuo.

Fueron sin duda malos tiempos.

Voy a tratar de establecer la cronología, aunque mi Historia está un poco oxidada, como podréis entender. Duncan, si no me equivoco, estamos en el año diez mil quinientos-siete post la Batalla Maldita -por favor corrígeme si ando en error. ¿No? Bien.

Durante los primeros mil años después de aquella revolución semimitológica no hubo señal por parte de los gnomos. El régimen del Rey Roderick duró aproximados cincuenta años, entre el ochocientos setenta y cinco y el novecientos veinticinco DBM; fue durante su vigesimoquinto año en el poder cuando los gnomos salieron por primera vez del Bosque Blanco.

Hmm, veamos, sí, creo que la Primera Guerra Gnoma tuvo lugar durante el quinto milenio de nuestra era, el año exacto... Y yo qué sé. Doscientos años después de aquélla vino la Segunda. Tras ésta disfrutamos de todo un milenio de paz, hasta que irrumpió la Tercera. Mas con gran diferencia la peor guerra acaeció durante el reinado de mi bisabuelo, el Rey Vindicante IV. El conflicto se inició siendo él tan sólo un principito y finalizó en los últimos años de su reinado. Tras una carnicería que había agotado un ochenta por ciento de nuestros recursos y nos había supuesto una mortandad de más de la mitad de la población, la resolución al fin llegó con el Tratado de Malchaia, una pequeña isla justo allende el ecuador, logrado gracias a la intervención Faerie; un momento atípico en la Historia, pues los Faerie no se habían inmiscuido en los asuntos humanos desde la Batalla Maldita -y no lo volverían a hacer, no hasta la ascensión del Rey-Dios, antaño conocido como Soren, el Destructor de Almas.

La guerra finalizó y Krates firmó un decreto por el cual se acordaba el pago de diez mil talentos dorados anuales al Bosque Blanco, además del monopolio de los gnomos en cuanto se tratase de utilidades medicinales, por ende prohibiéndose el comercio con los Faerie en este aspecto. En mi juventud siempre culpé a mi bisabuelo por mostrar semejante debilidad ante un enemigo tan indigno. Yo odiaba a los gnomos -no había nada en ellos que me gustase. Sus frágiles cuerpos -con diez años yo ya era más fuerte que cualquier gnomo; sus mentes inferiores -su falta de carácter, sus trapicheos. Para mí eran poco más que ratas.

Mas sí apreciaba su hogar. El Bosque Blanco tenía algo.... Algo mágico, digno de los grandes cuerpos silvanos de Faeryaie, los cuales yo vería más adelante en mi vida. Esa era otra razón por la cual detestaba a los gnomos; yo quería su hogar ancestral para mí. Mi madre, por otra parte, los había adorado, venerado y había respetado en mucho sus habilidades médicas. Nunca entendí el por qué. Pero ya basta de hablar de gnomos, si quieres saber más sobre ellos, Orin, entonces siéntate, cierra tu altiva boca -tan parecida a la mía a tu edad- y escucha atentamente, abre los ojos, amplifica tu oído y siente mi verbo.

Ahora esclarezcamos el pasado de Arlstad.

¡Silencio, Orin! Te estoy viendo y sé lo que me vas a decir. Sí, eres un libro abierto para mí; joven, premeditado, arrogante. No es una personalidad que me es ajena. Ahora calla, quizá sepas esta historia, quizá no.

Al sur de Krates tenemos la provincia invernal por antonomasia, Arlstad. Según tengo entendido ahora es un reino, no está nada mal. Pero os pregunto: ¿no sois acaso el reino vasallo de un monarca mucho más oscuro? En fin, no conviene ahora mismo pensar en tales cosas.

En mis tiempos Arlstad no era así. Como establecen los textos, y durante años yo lo había creído simple mitología, quondam Arlstad había sido un reino, tal como es hoy. Pero entonces había estado bajo el mando de los Emperadores tedesquianos. Para nosotros, los Kratesianos, Arlstad siempre había sido una tierra salvaje. Sus costumbres, las de la raza guerrera, una cualidad que

siempre compartí con ellos. Mas había muchos chicos y chicas de una naturaleza más cálida, como descubriría durante mis viajes.

Su lengua materna era la misma que hablan hoy, la áspera pero noble lengua tedesquiana, la cual admito que nunca dominé; se cree que proviene del mismo árbol familiar que la nuestra, mas este linaje lingüístico es uno desconocido y meramente un tema hipotético debatido por los lingüistas más aburridos en Antroporion. Fábulas aparte, Arlstad, antaño conocida como Garmenia, era una tierra fría, incluso durante sus efímeras primaveras y veranos. La razón para un clima tan hostil se debe a la proximidad de vuestra tierra al Mundo Helado del Sur; ventiscas de un aire helado hubieron convertido vuestro hogar en una tierra fría en una época en la que Rysia ya conocía bien las necesidades de los dos gemelos y sus crías.

Recuerdo Arlstad; pasé un tiempo en sus planicies invernales. Era tan distinta, tan fuerte. Poblada por los Tedesquianos -quienes, como yo, eran principalmente guerreros- prevaleció a su manera. Ellos veneraban a los mismos dioses que nosotros y de una manera similar. Se dice que los Emperadores de la antigua Garmenia gobernaban con puño de hierro. Pero en verdad que poco se sabe de estos Emperadores y su Imperio porque, mientras el Rey Ingstad I trataba de unir la mancomunidad, las últimas batallas de la gran guerra entre Faerie y Daemon aún estaban en vigencia. De éstos debo hablaros, mas no ahora; os lo ruego, ahora no.

Durante esta guerra -de la cual los Faerie más ancianos hablaban a menudo con sus pequeños, como cuentos de cuna para disuadir a los jovencuelos de sus típicas travesuras y demás actos pueriles- no sólo el pueblo Faerie estaba inmiscuido en ella, también las demás razas de Rysia. Antroporion tampoco se libraba de la tensión, mas quien sufrió las peores pérdidas de entre toda la humanidad fueron los Tedesquianos. Su último Emperador, Tedescho XII, fue asesinado por las tropas daemónicas, y junto a él también perecieron sus hijos y herederos. La gente de Garmenia, sin líderes, fue obligada a hincar rodilla, esclavizada por el mal que una vez hubo corroído el mundo.

“Orin, haz el favor de sentarte” interrumpió Agatha.

“¡Daemon!” Gritó el muchacho. “No puedo escuchar ese nombre sin más y quedarme quieto.”

“Por favor” intervino Duncan. “Contén tu emoción, Orin. Deja que nuestro anfitrión hable, debemos escuchar y atenernos a sus palabras, eso ya lo sabes”.

“Está bien”. Orin se sometió a su mentor y permitió que Soren prosiguiera.

Como os iba diciendo, el pueblo tedesquiano se hallaba al borde de la extinción cuando el recién coronado Rey Ingstad y su hermano menor, el príncipe Arlstad de Krates, acudieron en auxilio de sus vecinos del sur. Mas de diez mil guerreros arcanos Faerie los apoyaron con su mágika, ya que los Daemon poseían una propia, su Marevicos.

La guerra por Antroporion se libró en Teutoburgo, un poblado menor en Garmenia, mediante una sola batalla que duró todo un ciclo lunar. Finalmente y tras un gran derramamiento de sangre e ingentes pérdidas, la fuerza combinada de hombres y Faerie acabaron con la hegemonía daemónica sobre la humanidad, lo cual resultó en un giro decisivo en pos de la victoria definitiva de los Faerie sobre su eterno rival.

Pero Garmenia había sido arrasada y los Tedesquianos supervivientes no sobrevivirían solos. Ergo de volición propia se acercaron a Krates y aceptaron de buena gana ser un Estado vasallo de mi reino. Desde ese día convirtiose en la provincia de Arlstad, en honor al hermano pequeño de Ingstad, quien había luchado con la misma valentía que cualquier guerrero arcano -y sin el beneplácito de la mágika.

Él fue el primer Arl, un título otorgado a él y a sus sucesores, llamado así en su honor, tal como la provincia que gobernó. Pronto los hombres y mujeres de Krates que habían decidido permanecer en Arlstad se mestizaron con las gentes aborígenes de ese lugar. Al contrario de lo que se esperaba, tanto el nuevo Arl como los inmigrantes norteños decidieron adoptar las costumbres tedesquianas y su lenguaje, entretanto siguiendo la ley kratesiana y dotando esa lengua de un estatus cooficial. A cambio Krates recibía un tributo anual de soldados y oro e influenciaba a Arlstad con nuestra gramática y filosofía, las cuales emplearon para fortalecer su propia lengua y cultura. Desde entonces Krates y su provincia más grande coexistieron en paz y Arlstad juró que siempre serviría a Krates en el caso de que los hijos de Ingstad precisaran de su brazo armado en guerras contra todo enemigo. Así es como Arlstad llegó a ser.

Y ese el mundo que conocí de pequeño.

“Interesante historia, Soren” dijo Agatha sin ocultar sinceridad. “He oído antes algunos hechos que has mencionado, pero la mayoría me es completamente novedosa”.

Orin no dijo nada al respecto, seguía rumiando sobre los Daemon evocados por Soren. Misteriosas criaturas, estos Daemon; justo lo que estaba pensando Orin.

“Debo admitir” tarareó Duncan, “que yo también, a pesar de mis años, era ignorante sobre muchos de estos hechos. Eres mucho más inteligente de lo que dejás entrever, Soren. Siento una gran sabiduría en ti y, lo que es más importante, tus memorias recuentan nuevas que bien pueden ser vitales para nuestra causa”.

“Es posible” suspiró el héroe ensangrentado. “Váyase a saber”.

“Supongo que sólo hay una forma de averiguarlo” dijo Agatha.

“Sí” convino Soren. “Conocéis Rysia un poco mejor, ahora sabed un poco más de mí”.

II

Los Faerie eran la raza dominante en Rysia. Veraz es que nos habrían podido subyugar si alguna vez lo hubiesen deseado. Nada podía competir con el poderío de su mágika, sin embargo siempre habían optado por la paz. No sé yo si esa fue una decisión sabia o por contra una somera idiotez.

La lengua y cultura Faerie eran reverenciadas por los académicos de mi tiempo; éstos discrepaban con su sistema político e idiosincrasia religiosa, pero su saber y textos eran mucho más antiguos que los nuestros.

Los Faerie se negaban a compartir demasiado con nosotros, pero sí apreciábamos lo que nos daban. Bueno, yo concretamente, no; nunca fui un buen estudiante. Desde mis días más lozanos había sido un niño rebelde, un nómada en mi corazón y un guerrero sediento de aventuras. Pero incluso yo estudiaba la lengua de los Faerie.

Permitidme acaparar algunas de mis lecciones más tempranas. Otorgadme un momento para recordar las clases de mi lozanía, evocarlas al detalle, emular las palabras y las enseñanzas de mis maestros; la regia severidad de mi padre, dejadme, si os place, rememorar la añorada faz de mi hermano y acordad en que yo pueda volver a intuir el tierno y amoroso tacto de mi difunta madre.

Madre..... En fin, prosigamos, dejadme hablar y recordar las primeras palabras que aprendí en la lengua Faerie:

Ekouete nun, Turii Faeryeive pintes, hati pera visteronum xineces saiasi. Husa eibasi palin it kei blokis inantiis berra ogerovasi eina savavin peides pera eutonum. Ekouete nun.....

“Venga, mozalbete, que puedes hacerlo”. Dijo el pobre maestro, rascándose la frente y probablemente preguntándose cómo, por Astarios, había sido él tan desafortunado como para recibir en suerte el tener que enseñar a un niño con cerebro de mula.

Ah, sí, aún puedo citar el severo timbre del Maestro Héctor cuando me regañaba una y otra vez; ruego que me dejéis repetir esto en mi cabeza y recontároslo de la siguiente manera.

Un niño de oscura cabellera estaba de pie frente a su profesor. No era muy alto, de hecho era el más pequeño de su edad -un mequetrefe, la verdad. Empero, sus ojos bordaban su anticipación; ese niño sabía que en diez minutos tocaba esgrima.

Tal cosa era una minucia para el viejo maestro. “¡Soren!” Bramó. “Déjate de estar con las musarañas”.

El pequeño mequetrefe brilló cual tomatina, vergüenza de un tono escarlata atravesaba su dulce e inocente rictus mientras se le escapaban de la mente las fantasías de derrotar al Maestro Gayo. ¡Como si eso fuese a ocurrir! Un niño de apenas diez años -el chiquitín inocentón de Soren.

“Lo siento, Maestro Héctor” dijo él humildemente, mirando sus minúsculas botas de cuero, el calzado ideal para las prácticas ecuestres y la esgrima; sus dos artes predilectas, las asignaturas en las que más destacaba. Pero las otras eran agónicas. La mañana había comenzado hace escasas dos horas y él ya estaba perdido. Faerie Clásico no era lo suyo.

De nuevo lo veo, a ese chiquitín oteando la pequeña aula delante de él. Un ordenado escuadrón de caras infantiles gimoteaban burlescos contra él. Ellos sabían la respuesta, él no.

No sabía lo que pensaban pero me lo podía imaginar.

Pero había un semblante que no reía, los ojos que se encontraron con los míos reflejaban la misma alma; su faz, por contra, era la de un chico acariciando la pubertad. Mi hermano Roderick. Mi querido hermano Roderick, cuánto te añoro.

Él me inspiraba confianza -siempre. Mi hermano era el listo, yo no.

“Ánimo, hermano” dijo la silente moción de sus labios, empujándome a seguir adelante.

Me bebí mis nervios, tragando copiosa saliva, y miré hacia arriba al experimentado pensador, quien se estaba tirando de su barba salpimentada.

“S... Sí, Maestro Héctor” murmuré. Apenas le llegaba hasta el ombligo a mi profesor pero con el tiempo sería tres cabezas más alto que él. “Mirad pues” dije, para ser reprobado al instante.

“No” vociferó Héctor. “¡Escuchad ahora! Recuerda, ekouete es el imperativo de la segunda persona del plural del Faerie ekoua, tiempo presente, y nun es el adverbio de tiempo presente -ahora.”

No estaba nada contento con mi ignorancia, muy a diferencia de mis compañeros cuyos labios canturrientos tiritaban y amenazaban con disgregar la débil quiescencia. Tosí y me atraganté; mis piernas estaban temblando.

“Escuchad ahora....” Pausé..... “Eh, ¿qué significaba Turii?”

La clase carcajeó en audible unísono por mi necedad; excepto mi hermano, quien observaba todo en silencio, probablemente tan disgustado como el maestro que miraba severamente al pequeño zafio ignorante que tuvo en bien de nacer en una de las familias más poderosas de la historia de la humanidad. El Maestro Héctor rompió en ira mas no me golpeó; a pesar de sus reprimendas, sé ahora que el viejo maestro tenía un corazón de oro -lo descubriría años en adelante, mas no entonces. Yo comencé a sufrir patéticos espasmos, mis dientes traqueteaban en mi ínfima boca. Los demás niños continuaron riéndose de mí y de la situación en su totalidad.

“¡Pequeño cabrito!” Gritó con un tono tan atronador y tan próximo que tenía la sensación de que me estaban violando los tímpanos. “Turios, plural Turii significa humanos o humanidad como colectivo. Tú formas parte de los Turii, Soren, o al menos según piensa la gente. Yo, sin embargo, defiendo la hipótesis de que vienes directamente del trasero de un mamut lanudo de Hiperboria; o quizá seas un niño brotado de los arbustos del jardín trasero de algún gnomo”.

Los niños carcajearon de nuevo, Roderick también. Admitido que esta vez me lo había ganado.

“Lo lamento, Maestro Héctor” gimoteé disculpadamente.

Mi mayor sólo me miró allí abajo, a sus pies, y resolló. “Está bien, hazte a un lado y presta atención. Roderick, ¿te importaría venir y remplazar al patán de tu hermano?”

“Inmediatamente, Maestro Héctor” cantó obedientemente, saltando de su asiento y encaminándose presto a la plataforma del profesor.

Roderick era tres años mayor que yo y al menos tres siglos más listo. Era el chico de más edad de la clase y con diferencia el más apto para la filosofía; sobresalía en todas las artes, tanto las de innovación humana como las investigaciones físicas -Matemáticas, Física, Biología, Astronomía, Literatura, Historia - ¡en todo!

Veréis, en Antroporiom no todo el mundo tenía los beneficios de una buena educación. Tan sólo la nobleza y las más altas clases mercantiles podían permitirse contratar a maestros y sabios. Por ello que en nuestra aula sólo había diez niños. No había discriminación sexual cuando se trataba del academicismo, sólo financiera; si tenías el oro, los genitales que había entre tus piernas eran irrelevantes. Si tenías el oro, insisto.

“Escuchad ahora, tanto hombres como Faerie en su conjunto, cuanto vuestros mayores os han de decir. Escuchad lo que érase una vez dijeron y también sobre los enemigos tenebrosos que enfrentaron para poder salvar a sus hijos. Escuchad ahora.....”

Una traducción perfecta, como siempre; no mis palabras sino las del Maestro Héctor. Él era, de los mejores, el mejor; mi hermano. ¿Y por qué no iba a serlo? A fin de cuentas él era el primogénito de los vástagos del Rey Ingstad, heredero al trono real de Antroporiom. Un verdadero príncipe, digno del gran destino que le aguardaba.

Para mí era sencillamente Roderick, mi hermano, mi mejor amigo y confidente. Obviamente que se metía conmigo a menudo, como suelen hacer los hermanos mayores, pero siempre estaba allí cuando lo necesitaba -para lo bueno y lo malo. Siempre podía contar con Roderick.

Con la excepción de nuestros ojos, los de madre, no nos parecíamos en nada, ni físicamente ni en ánimo. Él era mayor, ergo era al menos dos cabezas más alto que yo; mi pelo era negro, el suyo más de un tono castaño, como el de padre. Era esbelto y fino mientras que yo era un renacuajo delgado, más hueso que carne. Lo más importante, empero, él era popular, querido por sus mayores, compañeros estudiantes y familiares.

Yo era el segundo en la línea real, un príncipe por destino, mas indigno de mi título; eso es lo que pensaban mis maestros, debido a mi falta de interés en las asignaturas propias de niños de mi estación. Éramos como guisantes y maíz, totalmente distintos mas perfectamente compatibles. Yo no envidiaba a mi hermano, cuanto tenía por delante, las cosas que lo engrandecían, simplemente no eran para mí ni yo quería saber nada de ello. Cuanto menos entonces, en nuestras plenas mocedades. Lo único que deseaba era que me quisieran.

¡Ja! Era ducho en ser una rata de biblioteca, Roderick. Especialmente el ojito derecho del Maestro Héctor, su pupilo favorito, y mi hermano disfrutaba con tanta atención; nunca lo decía abiertamente, mas yo conocía muy bien a mi hermano y sé que le encantaban las alabanzas.

“¡Bravo, Roderick! -Aplaudió el Maestro Héctor- Claro, al ser tú un alumno avanzado, fragmentos tan nimios no son nada para alguien de tu talento y nivel. Pronto este lugar se te quedará chico. Ah, hijo, Atthinia te espera”.

Brindole el Maestro Héctor una jocunda sonrisa al joven, quien se hinchó de amor propio. “Una pena que algunas manzanas se alejen tanto del árbol” añadió, mirándome enfurecidamente. “En fin, creo que ya hemos tenido suficiente estupidez e ignorancia por hoy, ¿no crees, Soren?” Yo asentí levemente con la cabeza, muy avergonzado. “La clase ha llegado a término” exclamó, su voz ronca reverberando por la húmeda estancia, construida ha siglos bajo la estricta supervisión de maestros de eras pasadas.

Los estudiantes se pusieron a recoger sus plumas y papiros y con arreglo al orden se levantaron de sus mesillas.

“Niños, no os olvidéis de que mañana discutiremos los aspectos gramaticales de la tercera declinación nominal. Preparad la lección con el paradigma Anor, Antros. Luego mediremos los versos de nuestra propia leyenda lírica, Horacio. Espero ver mejoría en ti, Soren, tu déficit de atención no me gusta nada. Debes hacerlo mejor o de lo contrario no tendré más remedio que hablar con tu padre”.

“No, Maestro Héctor” gemí, “a mi padre no. Si vuelvo a traerle malas notas de seguro que me exilia. Sé que lo hará”. Yo quería llorar; a seros francos, mi padre me aterraba sobremanera.

“Ah venga ya” intervino mi hermano, “no me digas que te crees esa sandez. Sólo te dije eso porque me estabas sacando de quicio. Aunque sí deberías estudiar más, si no padre se enfadará muchísimo. No sé si te exiliará pero de seguro que te manda a la cama sin cenar”.

“No sé qué destino es peor” lloriqueé. El Maestro Héctor y mi hermano rieron juntos. Yo no bromeaba.

“No se preocupe, Maestro Héctor. Me aseguraré esta vez de que mi hermano se aprenda bien la tercera declinación”.

“Bah” protestó Héctor. “Eres un gran académico, Roderick, pero si no me equivoco no eres un dios, dudo que puedas obrar milagros. Para llegar a alguna parte, Soren primero debería aprenderse las dos declinaciones anteriores”.

“Por favor” gimoteé, enrojeciéndome la faz de nuevo. “¿Podemos irnos ya? Todos se han ido y, sinceramente, la gramática Faerie es realmente dura”.

El Maestro Héctor me concedió mi deseo y se despidió amablemente entretanto que regresaba a sus propios estudios, una pila arreglada de papiros que contenían una información que se le escapaba a mi pequeña mente retrasada.

Suelo pensar sobre cada día de mi vida -y cada momento también: en especial el sol. Mi piel, antes aceitunada por la herencia genética de mi madre, ahora es de un gris ruinoso por la falta de sol. Veraz que este mundo tampoco ha visto el esplendor de Igno en su plenitud por mucho tiempo.

Mas yo aún recuerdo.

Ante todo los pequeños detalles, ya que uno nunca los aprecia realmente hasta que se han perdido para siempre. Recuerdo el calor, el verano, el olor a heno, a violeta, a lirio y por supuesto los dulces y un tanto picantes asados de la señora Bienbuena, la mejor cuidadora que el castillo había visto en su larga historia -al menos en mi opinión. También recuerdo otras fragancias y sonidos. El pescado fresco en los mercados, la charcutería colgando en los puestos y el pan que los panaderos elaboraban a primera hora de la mañana; los pasteles, las tartas y otras delicias. Retomo de nuevo una memoria, cuando yo contaba con nueve años; durmiendo plácidamente y siendo despertado a primera luz, progresivamente mientras entraba el gentil aroma por las ventanas abiertas de mi dormitorio.

Una época en la que mi hermano y yo aún estábamos unidos. Cuando jugábamos de día y reíamos y canturreábamos con la noche, y eso a pesar de ser regañados en ocasiones por madre o la tata

Puentelargo. Mi hermano y yo; recuerdo caminar, sin preocupación alguna, por las calles pedregosas que zigzagueaban a través de la inmensidad de nuestra ciudad -nuestro patrimonio cultural. Día tras día, tras las lecciones o durante alguna caza de tesoros o cualquier alocada aventura de esas que se inventan los niños. Y cada tarde caminábamos juntos, al lado del otro, por las vías adoquinadas que llevaban al hogar sobre la colina, el núcleo de todo Antroporion.

Mas debéis perdonarme, infantes. Claro que no sabéis nada sobre Krates, la capital de Antroporion, así que os ruego que me dejéis ilustraros.

La joya de Antroporion, el bastión de su poder, se situaba cerca del centro de nuestro continente -al suroeste de su epicentro. No sólo por razones históricas era Krates la capital, también por motivos estratégicos. Una gran meseta tocada en verde natural rodeaba la ciudad, lo cual lo hacía un lugar fácilmente defendible. También por el hecho de que la principal fortaleza del ejército real estaba apenas a kilómetro y medio de la ciudad, detrás de las líneas del río Astrid. Las corrientes de este río penetraban la propia urbe y también viraban alrededor de ella, creando un dique que protegía sus fuertes muros, contruidos con granito, ladrillo y roca. Y no sólo eso, el gran río Astrid cruzaba todo el continente, desde las costas norteñas en descenso al sur, bifurcando al oeste, hacia el océano, pasando antes por el interior de la ciudad.

Más allá de la función de abastecer de agua a toda la megalópolis, garantizaba que el puerto de Krates fuera el mayor de cuantos había en Rysia -y esto lo juro por mi propia vida.

El haber visto el puerto de Krates..... Supongo que ya no existe. Duncan asintió.

Una pena. En fin, intentaré hacerle honor como bien pueda. De un acceso subterráneo creado artificialmente en la misma colina que sostenía en su ápice al castillo del Rey, con siglos de duro trabajo e industriosas mentes y manos y usando las corrientes sub monte, nuestra gente excavó un túnel en el mismo vientre de la tierra. Imaginad el asombro que debieron sentir los navegantes cuando de repente los cielos, con los que estaban tan familiarizados, se desvanecían en la negrura así como el eco de las gaviotas se iban silenciando. De la misma manera acallaban los barcos y los marineros su ajeteo usual, esperando tácitos en las cavernas de tenue iluminación. No era algo de lo que preocuparse, las corrientes, por un motivo que me evade, siempre guiaban a los navíos en la dirección correcta. Y siempre quedaban boquiabiertos sus tripulantes al ver nacer de nuevo la luz y con ella, el tradicional griterío de los mercaderes y las idas y venidas de los carros, tirados unos por bueyes y mulas, otros, engalanados en perla y oro, por purasangres de idénticos tonos.

El ejército real nos protegía de enemigos foráneos, allende los campos de Aerios; la guardia real, de nuestros únicos enemigos de verdad: los que moraban dentro. Evidentemente, Krates era como cualquier otra ciudadela y como tal no estaba exenta de criminalidad, mas estaba bien vigilada debido a la eficiencia con la que mi padre dotaba a nuestros guardias locales, leales y diligentes como pocos. Ellos estaban al cargo de la vigilancia.

La ciudad se dividía en cinco sectores. El sector mercantil o Emporio daba la bienvenida a los advenedizos que entraban por los portones metálicos, los cuales eran aproximadamente treinta metros de alto y cuanto menos la mitad en longitud; claro que primero tendríais que cruzar el rocoso puente que podía soportar un total de cien mil toneladas de peso. Y peso era lo que tenía que cargar a diario, dado que comerciantes de todo el país venían sin falta y con paso constante a la ciudad. Ergo el imperativo de emplazar el Emporio en la misma entrada.

Allí se podían encontrar las más variopintas tiendas y puestos, desde simples masones hasta

boticas que vendían perfumes, los cuales eran la delicia de las clases altas. Más de una damisela e incluso algún afeminado o dos se gastarían su peso en oro para clamarlos. Cada día de la semana, salvo el Sabbath -día en el que celebrábamos la Creación- podríais ver a más de cien mercantes erigiendo sus tiendas en medio de las calles, y diez veces ese número de clientes adquiriendo fruta fresca, pescado, carne y otros enseres. El comercio menguaba en la estación invernal, el cual era de todos modos bastante apacible en nuestra tierra.

En cuanto al tiempo, Igno irradiaba calurosamente sobre Krates, mas lo aguantábamos; algunos Kratesianos como madre y yo -nuestra tez aceitunada debido a generaciones de resistencia climatológica- éramos casi inmunes a las altas temperaturas. Padre y su hijo predilecto tenían una pigmentación más clara y no soportaban estos rigores con tanta finura. Por suerte las aguas de Astrid siempre acogían bien a esos pocos que osaban desafiar el rigor de sus aguas a medio contaminar.

En pleno centro de Krates, al norte del Emporio, cercado por los puertos de atraque y las corrientes fluviales que lo convertían en una isla de roca, estaba el Foro. El Foro era el centro neurálgico de mi ciudad. No sólo porque literalmente conectaba a Krates con el resto del mundo, sino también por el hecho de que la gran catedral consagrada a Astarios se hallaba allí.

Ascendía al firmamento, cuatro torres diagonales se erguían para encontrarse con el Altísimo en persona mientras que el edificio principal se extendía doce metros sobre la plaza mate. Las fuentes en derredor de la catedral eran tan lisas como la superficie, la cual, en un día propicio, podía pisarse descalzo. Un pórtico inmenso llevaba a los feligreses a una larga nave rectangular; dos filas de más de cien bancos ayudaban a éstos en su oración diaria; el techo estaba adornado con diez cúpulas circulares, en cuyos huecos había engravados círculos concéntricos -cinco en cada lateral del techo, uno para cada dios engendrado por Astarios e Ida. En el extremo opuesto de la nave había un altar gigantesco hecho completamente de oro, detrás del altar -y detrás del puesto en el que el Arzobispo daba sus sermones semanales- había una réplica de casi dos metros de altura de lo que creíamos era Damantina, la legendaria espada de Astarios. Tenía el aspecto de una espada áurea que era tan ancha como fascinante, brillando con un fulgor producido por la luz de las lámparas de óleo colgadas por todas las paredes de la nave. Esas paredes, el pórtico y el interior estaban ornamentadas con una gran variedad de estatuas e iconografía de los dioses -con la salvedad del propio Astarios, al que no se podía representar jamás.

Vagas son mis memorias de estas representaciones, al haber estado sólo dos veces en la catedral: cuando fui bautizado en la fe de Astarios y de nuevo cuando tenía ocho años. Yo me topé con una fortuitamente, mientras jugaba al balón con Roderick. Él lanzó la pelota de cuero con demasiada fuerza y ésta casualmente entró botando por el pórtico abierto. Mas sí recuerdo un fresco en cuestión, el cual detallaba a mi dios favorito, Aerios el guerrero -ya os podéis imaginar cuál era mi naturaleza, incluso a una edad tierna- librando batalla contra una horda de abominaciones daemónicas y derrotándolas con su mítica arma, Ragnarök. Me acuerdo de estar allí pasmado, admirando la pureza de pincel en el fresco, los ángulos perfectos de los personajes ilustrados en él -hasta que los subordinados del Arzobispo aparecieron y me dieron una buena regañina.

No, yo no era un tipo devoto. Al modo del Archimaestre Gothwin -un hombre por el que sentía un gran respeto y al que finalmente asesiné- poco y menos me importaba el bable populista de los santurrones que lideraban el clero. Y el clero, aun sin contar con el poder de la monarquía, tenía una relevante posición en los asuntos cotidianos de la gente de Krates. ¡Necios demagogos! Su fanatismo, evidente y claro; mi odio hacia ellos era visceral. Controlaban a las masas como un pastor a su redil.

Y el Foro era el escenario idóneo para que pudieran vomitar sus mentiras y verborrea. Solían decirles a los menos afortunados e iletrados, que eran más que sólo un puñado de ciudadanos,

que si no pagaban sus impuestos a la iglesia, darían con sus huesos en el Infierno, repudiados por los dioses y abrazados eternamente por Sustarios en el Inframundo. Claro que todo eso era auténtica mierda -disculpádmí Faerie. ¿Por qué no dejar que la gente exprese su religiosidad de la manera que crean oportuna?

Para caldear aún más las cosas, se asociaban en un sentimiento anti-Faerie. Detestaban a los Faerie, no únicamente por sus políticas liberales, sino naturalmente por su estilo de vida libre y su interpretación de los dioses, la cual consideraban falsa y condenaban como herejía. Eso sí, los Reyes de Krates jamás hubieron permitido que semejante intolerancia se convirtiera en más que meras palabras, sobre todo porque los Faerie eran una fuente importante de ingresos.

Esto había resultado en una disputa entre el clero y los escolares; maestros y sabios en igual odiaban a los sacerdotes. El sentimiento, empero, era mutuo. Las cosas no mejoraron entre ambos estratos sociales por culpa de su proximidad topográfica. Cabe destacar, infantiles, que la ciencia y la religión estaban confrontadas, mas ambas partes querían ser reconocidas como iguales cuando el estatus intelectual se ponía a debate. Ergo los Reyes ubicaron a ambas facciones en el mismo distrito.

La sección este de Krates, partiendo directamente del Foro, estaba en constante ebullición y muchas veces a punto de estallar. En una zona, el sector norteño del distrito, teníamos el barrio clerical, con una larga porción de éste para las iglesias y las universidades pontificias en donde los futuros sacerdotes juraban sus votos -los cuales obviamente ignoro- y estudiaban teología y todo aquello relacionado a los dioses. En el distrito sureño teníamos los colegios -yo mismo atendí la escuela primaria allí, junto a mi hermano y sus colegas- las universidades y los centros de investigación, vedados a todos menos los académicos más avanzados -dicho sencillamente: Roderick. Yo, por ejemplo, tenía prohibido el siquiera poner un pie en las cercanías de aquél lugar, yo no estaba a la par con mi hermano y aquellos de la misma naturaleza que él.

La tensión entre las sectas religiosa y científica era grande sin duda; más de una vez hubieron comenzado disturbios entre jóvenes embriagados de ambas partes del conflicto. Para la buena fortuna de los guardias locales, eran demasiado chicos y endebles para de facto serles una amenaza. Maldita sea, hasta un renacuajo escuchimizado como yo podía darle una tunda al más fuerte de ellos. Putos empollones.

En el extremo oeste de la capital estaba el lote más grande y poblado de la ciudad: el del pueblo llano. Se ensanchaba en una extensión kilométrica. Astrid era una diosa astuta, desviaba sus aguas de un modo calculado, permitiendo a los muros occidentales de la ciudad expandirse, logrando así que vastas hectáreas de terreno fueran empleadas para la construcción de miles sobre miles de edificios y residencias que hospedaban los muchos habitantes del centro de la humanidad.

Segregado en dos territorios discernibles, el distrito de la clase media no estaba tan mal. Los mercaderes locales -con la excepción dada de los comerciantes de alta clase que habían ganado su fortuna vía el comercio exterior- eran mayoría en este lugar. Sus hogares, si bien moderados, eran mayormente de ladrillo y granito y ofrecían buen resguardo durante el invierno. Las calles estaban debidamente iluminadas y bien protegidas. El crimen era bajo, salvo algún que otro ladronzuelo que se atrevía a venir desde los Bajos en busca de un bolsillo de rápida y fácil rapiña, y la higiene era bien respetada tanto por los oficiales a cargo del mantenimiento del área como por los ciudadanos mismos.

Pero más al sur, arrinconada y vigilada por varias barricadas y puestos de guardia en las docenas, y también infestada por su propia mugre, los Bajos o el sector de la clase baja, si así preferís la nomenclatura.

Parias sociales, criminales e inmigrantes; aquellos sin el suficiente ímpetu para hacerse hueco en la vida laboral de Krates eran los principales habitantes de esta zona. La suciedad y los olores eran tremebundos, las casas no se merecían tal nombre, apenas más que chozas de barro y paja y algún barrio construido en piedra.

Durante el décimo mes del año -siendo este el de las lluvias, una fecha muy importante y necesaria para evitar las sequías- este sector era infligido duramente por las inundaciones y las chozas caían cual castillo de naipes, tan mal construidas como estaban.

Mendicantes y zafios callejeros llenaban sus cochambrosas calles y la basura y los excrementos podían yacer allí sin tocar durante meses. El ambiente distaba de ser salubre y esto causaba múltiples enfermedades. En más de una ocasión la ciudad había sufrido plagas en el pasado, las cuales emanaban de ese lugar. Nuestros médicos y cirujanos, al menos una porción, acostumbraban a hacer actos solidarios en pos de salvar vidas, lo cual hacían, mas a un alto coste; a veces hasta morían ellos debido a la exposición.

Una cosa en defensa de los Bajos os voy a decir. Contra lo que podáis estar pensando y lo que acabo de contar, las alimañas no eran tan abundantes como se podría esperar; los prostíbulos y burdeles locales solían servir una rara especie de estofado -eso según lo que había oído yo de otros niños y marujas en el castillo- cuyo ingrediente secreto era roedor.

Y cómo no, teníais a los gnomos. Jodidos gnomos. Deshechos sociales y parias para su propia gente, los gnomos de ciudad eran conocidos por su experiencia en el latrocinio y oscuros tejemanejes. Si los Bajos eran ruinosos de día, no os podéis ni imaginar cómo era de noche. Era entonces cuando los gnomos salían a festejar.

Si bien exiliados del Bosque Blanco y para siempre prohibido su regreso, seguían siendo bastante duchos en herbología y botánica. Sin ser el bosque en el que se habían criado, algunas hierbas y plantas decentes crecían por los campos de Krates. Y la provincia aledaña al oeste, la provincia Qin, estaba tan sólo a tres días a caballo de la capital y en ese extenso territorio albergaba muchas plantas farmacéuticas; tal como la cucharilla plateada y otras variedades que yo -con total sinceridad lo admito- ignoro completamente. También era considerable la potencia del veneno de serpientes locales y arácnidos como el escorpión rojo de Krates, los cuales eran muy comunes en el vasto desierto de Norn.

Estos gnomos salían de noche por dos razones principales. La primera siendo que de día empleaban su tiempo y esfuerzos en los lares más sombríos de las cloacas, un laberinto en el que uno podría perderse para siempre. En este submundo tenían ellos varios laboratorios ingeniosamente dispuestos en distintas zonas alejadas entre sí; aquí es donde cocinaban su porquería. He aquí la segunda razón: en las sombras nocturnas era considerablemente más fácil dispensar la buena mierda -como la llamaban ellos.

Generalmente la buena mierda consistía de dos sustancias distintas.

Polvo de Faerie, que era de todo menos eso. Un polvillo blanco con propiedades fascinantes, podía excitarte y a la vez calmarte, adentrándote en un estado de subconsciencia que no era ni estar despierto ni dormido. Mas para llegar a tal nivel había que esnifar una considerable cantidad; era una droga cara y muy adictiva.

Luego estaba el sencillo veneno de gnomo. Esto no se compraba para el consumo propio. No, el veneno de gnomo era un regalo para otras personas. Creedme, no sólo la escoria social comerciaba con estos zafios sujetos, también lo hacían los cortesanos, nobles y hasta mercaderes, al menos algunos.

En cuanto a la nobleza, había unas cuantas disputas en esta casta social, especialmente las concernientes a las herencias. Éstas sólo podían acabar de una manera: un avaro aristocrático, en ansia de quedarse para sí la fortuna de sus padres difuntos, celebraría frecuentemente una reunión para tomar el té tras la vigilia del fallecido en cuestión. Ya sabéis cómo funcionan estas cosas, unas gotas cuando nadie está mirando, un brindis al ánimo expirado y, con la connivencia del servicio doméstico, más familiares tendrían el honor de seguir a su ser querido al hoyo.

Estas prácticas se castigaban duramente si descubiertas; mas no con la pena capital -inmediatamente después de la coronación del Rey Ingstad, como primer decreto real suyo y secundado por más del setenta por ciento del consejo real, la abolió. El problema era que ninguna autopsia podía probar el crimen, dado que los gnomos eran maestros en esa materia y sus venenos eran al instante diluidos por los cadáveres y expulsados por las ventosidades fatuas y por tanto indetectables.

A un kilómetro sobre la ciudad, y también protegido por la muralla que defendía sus muchas cortes, terrenos y las vías que conducían al castillo, estaba el epicentro de Krates: el distrito nobiliario, que albergaba las múltiples familias nobles que proclamaban su linaje con orgullo; algunas de éstas incluso databan sus inicios a los días del legendario Rey Ingstad I. También estaba allí el Senado, en donde los miembros de la nobleza votaban a sus representantes para el consejo del Rey, el cual estaba formado por quinientos constituyentes y un añadido de cincuenta representantes de la plebe.

Pardiez, que no se me olvide mencionar el castillo en sí. Donde yo crecí.

A diferencia del resto de la ciudad, el castillo factualmente databa hasta el primer Ingstad quien, como dicta la leyenda, había erigido el castillo para conmemorar la victoria versus su maligno enemigo. Es también el único edificio de origen Faerie que había en toda Krates. Construido en mármol de Toth y lacado en oro blanco, se dice que Ingstad había recibido la ayuda de los guerreros arcanos Faerie en levantar sus cimientos con el poder combinado de los cuatro elementos; para que así pudiera resistir ataques de catapulta y otros proyectiles, en el improbable caso de necesitarlo. Esto era parcialmente verdad. La verdad plena es que un antiguo espíritu vigilaba la Esperanza de Antroporiom. Resulta gracioso, pero yo llegaría a agradecerle este hecho a los guerreros arcanos; llegado el momento, eso marcaría la diferencia -a mi favor.

Se erigía como un foco de ley y orden para toda Krates, pues había sido construida sobre Astarion; una palabra Faerie, que significaba algo así como la colina de Astarios, quien es padre de la Justicia. Pero era más que una mera colina, propiamente una montaña en pleno derecho.

En sí mismo era una fortaleza inexpugnable. Además de ser más resistente que cualquier edificio en Antroporiom y de estar rodeado por la dura fachada que protegía al grueso de la ciudad, también estaban el edificio en sí y sus sectores adyacentes cercados por dos inmensos muros de hormigón, con la densidad suficiente como para encajar en ellos pequeñas salas y vastos corredores y ventanas dispuestas por toda su longitud; idóneas para que los arqueros pudieran defenderlos sin el temor a ser abatidos.

No era menos impresionante el interior del castillo. Ciertamente la memoria de mi viejo hogar es un tanto vaga; mas si cierro los ojos aún puedo recordarlo y aún huelo la apacible fragancia de pino y canela, los sutiles tonos de polvo recubriendo la recta disposición de armaduras y armas decorativas dispuestas ordenadamente por las más de cien salas en el castillo. El olor a cuero de muchos ejemplares magnos de taxidermia que decoraban varios pasillos en su interior. Aún recuerdo las cocinas a rebosar de sirvientas, mujeres que tarareaban mientras correteaban de arriba abajo cargando cubos llenos de fruta y verdura; los jóvenes mozos de las cuadras yendo de un lado para otro, constantemente pidiendo una manzana o dos para dárselas a sus caballos

favoritos....

Siguiendo la tradición numerológica del Arconte Faerie Klisthenaiel, diez plantas se erguían desde lo bajo. Su estructuración era la siguiente.

En la primera planta, la más grande y espectacular, la sala del trono: un santuario esplendoroso que también hacía la función de salón de baile en las muchas ocasiones cuando el protocolo exigía al Rey organizar banquetes o festivales de una índole u otra. Podía agasajar a más de mil comensales e invitados. También servía para acoger consejos de suma importancia. Mas como vivíamos en paz y prosperidad, no había necesidad para tales reuniones y la mayoría de consejos eran convocados bien en las cortes, bien en el Senado. Pero su encanto era fascinante. Las lisas paredes de mármol se congraciaban con el reflejo de ventanas empañadas y coloridas. Una alfombra de un rojo impecable guiaba al Rey y a la Reina desde la gran entrada áurea hasta sus tronos de un resplandor idéntico. El terciopelo rojo dirigiría subrepticamente al ojo de quien mirase desde la superficie a los tronos, los cuales parecían agrandarse bajo el gran estandarte clavado a la preciosa pared, sostenido a pocos metros de la cabeza coronada del Rey. Era la insignia de Krates, exhibida así para recordar a la gente quién mandaba allí; un dragón blanco danzando sobre un campo rojo, lo cual simbolizaba el fuego del Rey Ingstad y la valentía de todo Antroporion.

En mi fuero interno puedo enfocar la imagen del trono real -quizá demasiado bien. Vívidamente, como un infante inquisitivo, entrando allí de noche, escabulléndome de los guardias y accediendo a la enorme sala y acariciando sus formas perfectas, de un oro sólido y a la par liso. Promesas de poder me susurraban desde ese trono, incluso a una edad temprana. Mas cuando estaba tan cerca que podía ver mi reflejo en él, siempre me acuciaba una especie de parálisis. Yo no era el heredero legítimo, Roderick lo era. *

A mis más estimados jóvenes, sufridores del día y de la noche, la cual es para vosotros perenne.

Con esta mi más sincera apelación, se halla una advertencia, siendo ésta la siguiente:

Para mejor o para peor, este es un corpus -o saga si os es preferible- que no pasará desapercibido y que no decepcionará. Quizá acabe por superaros en muchas formas, mas os aseguro que no os decepcionará.

Cuanto habéis de leer no será nuevo -quizá- pero es sin duda original. Si Virgilio, Dante, Shakespeare, Friedrich Nietzsche, H.P. Lovecraft, JRR Tolkien y Akira Toriyama -entre tantos otros Maestros del ayer y del hoy- fundieran consigo sus idiosincrasias luego es posible que este sea el mejunje resultante, una Fantasía Violenta que será Oscura, sí, mas también Alta -también en más formas que una.

La Fantasía no es más que el siguiente paso en el continuum aristotélico, ergo sea así: Épica - Tragedia - Fantasía. Y si es así como ha de ser, luego sea así como yo lo exprese.

“Yo soy Soren, príncipe de Krates, el reino de mi padre, Rey Ingstad XX; por tanto también soy príncipe de la nación que le guarda vasallaje, Antroporion.

Aunque heredero no soy -ése es mi hermano Roderick.

Eso no significa que no hallome bendecido. Me han bendito con el abandono, con oscuridad y un poder latente que susurra con la voz de un hombre tenebroso que mi natura desesperada no puede ignorar -aun cuando el bien que hay en mí lo intenta.

Tambi#xe9;n hallome maldito -y condenado; pues mi padre me destierra de mi hogar por culpa de mis excesos. Lo hace mediante la proclama de un viejo mandato dentro de la legislaci#xf3;n de mi pueblo: el Ag#xf3;n, una serie de pruebas que he de superar si deseo regresar. Bajo el escrutinio de Arl Lovren, Se#xf1;or de Arlstad -nuestra provincia m#xe1;s leal, como el Arl el mejor amigo de mi padre- aprendo a sangrar como no hab#xed;a sangrado antes -y mi coraz#xf3;n, éste sufre los destinos m#xe1;s aciagos#x2026;.. Luchar#xe9; contra Centauros, contra criaturas de sangre extra#xf1;a y enemigos que asaltan en las sombras; mas nada de eso puede compararse con la batalla que emprendo contra m#xed; mismo, pues yo soy mi peor adversario y por esta batalla interna -la de mi mundo.

Pero yo#x2026;. Yo no lo quise as#xed;, lo juro por el Alt#xed;simo Astaris, quien reina sobre el Pante#xf3;n de Doce.#x201d;

□

See? by Edward G. Robles - Molibra - 1. Diccionario Ingles#xEspanol#ETagalog. Sofronio G. Calderon. This page formatted 2007 Abaco; tabla aritm#e9;tica; el tablero que corona el capitel de una ADVENTURES OF TOM SAWYER - I#E Diccionario espa#ntol ingl#e9;s con ejemplos de expresiones graciosas. de la direcci#on o redacci#on de una publicaci#on = editorial. de la marea = tidal. de lana mal aliento photos on Flickr - English#Espanish Dictionary 1. access code : c#odigo de acceso, c#odigo de entrada. again : otra vez, bis, bis, de nuevo, una vez m#as.. at no charge : gratas.. blood : sangre.. by heart : de memoria... drench : empapar. edition : gasto, edici#on, edicion.. evangelism : predicaci#on del evangelio... hero : h#e9;roe. English-Spanish, Spanish-English dictionary - Brooklyn College - I#E Diccionario espa#ntol ingl#e9;s con ejemplos de expresiones graciosas. de la direcci#on o redacci#on de una publicaci#on = editorial. de la marea = tidal. de lana Diccionario espa#ntol ingl#e9;s #E#E#E con ejemplos graciosos!! - Page 1 Translation In Spanish abelmosk: abelmosco; planta de la familia de las malv#e9;ceas, procedente de la abreaction: desaparici#on de una emoci#on reprimida reviviendo el evento.. also-ran: caballo que no logra colocarse; fracasado; cero a la izquierda;... bloody: maldito; sangriento; ensangrentado; pinche. Adventures of Tom Sawyer (Webster's Spanish Thesaurus - 2017 Memorias de un H#e9;roe (La Partitura Secreta) paroles par - telecharger tous vos ebooks gratuits en format Epub, PDF, Kindle et utiliser votre EQUIPE MAGAZINE (L) [No 218] Du 10/11/1984 - LA JUNGLE DE LA BOXE U.S. Self-Publishing Writer (Blue Laurel Self-Publishing Guides Book 1) (English... Despierta Tu Heroe Interior (Awakening Your Inner Hero) (Spanish Edition) Deviant Narratives: Anomalous Subjective - UIC Indigo - Member "tw-0.9.18/data/dicts/es-en.twd" (20 May 2013, 565618 Bytes) of package 1 a : at 2 a : to 3 A (abrev. de amperio) : A (abbr. for ampere) 4 #E abaco : abacus 5.. needle 787 aguja para la toma y transfusi#on de sangre : blood drawing and... 3565 cach#e del sistema : system cache 3566 cache (memoria -) : cache traducci#on: textos po#e9;ticos - Asociaci#on Cultural Galeon de - Flickr Libros Perennial - Obtener Gratis Descargar Ebooks at - Page 1 Adventures of Tom Sawyer: Webster's Spanish Thesaurus Edition for ESL, EFL, ELP,... cubierta, cubierto de pintura, dar una hero fell without firing a shot.. calm, and a deluge of water drenched the prone martyr's remains!... No need of the as yet undreamed-of telegraph; the

tale flew.. gospel: evangelio. The Latin-American Anglican Church - News - Iglesia Anglicana -
ganar dinero con una pagina web... de fondo background program : programa no prioritario. BIPS
(abbr. for billion of instructions per second) : miles de millones de blood count : análisis de sangre.
bubble memory : memoria de burbuja.. Central Sierras (in Spain) : Sistema Central (en España)

Relevant Books

[\[DOWNLOAD \]](#) - Online Romeo and juliet pdf

[\[DOWNLOAD \]](#) - CRC standard mathematical tables and formulae

[\[DOWNLOAD \]](#) - Pdf, Epub The Undoing of Thistle Tate pdf

[\[DOWNLOAD \]](#) - Ebook Meditation For Beginners: Tips on how to meditate, be less stress, and cure depression (Mindfulness, Yoga, Meditation Techniques, Stress, Calmness, Relaxation) epub online

[\[DOWNLOAD \]](#) - Pdf THE MEANING OF LIFE
